

**SERIE: CIENCIAS SOCIALES**

①

DIRECTOR RESPONSABLE DE ESTE NUMERO:  
DR. DANIEL GRANDA A.

**POLITICA Y SOCIEDAD**

*AGUSTIN CUEVA  
BOLIVAR ECHEVERRIA  
JUAN MAIGUASHCA  
ALEJANDRO MOREANO*

ESCUELA DE SOCIOLOGIA Y CIENCIAS POLITICAS U. C.

DIRECTOR: RAFAEL QUINTERO

## COLABORADORES

*Muñoz, Gonzalo*  
*Castillo, Alfredo*  
*Benítez, Milton*  
*Mello, Enzo*  
*Roig, Andrés*  
*Corral, Simón*  
*Saltos, Napoleón*  
*Jácome, Nicanor*  
*Merlo, Pedro*  
*Palomeque, Silvia*  
*Arancibia, Juan*  
*Loyola, David*  
*Murmiz, Miguel*  
*Piedra, Vicente*  
*Scovazzi, Enma*  
*Fernández, Jorge*  
*Moncayo, Patricio*

*Rodríguez, Carlos*  
*Verduga, César*  
*Del Campo, Esteban*  
*Guerrero, Andrés*  
*Guerrero, Marco*  
*Ventimilla, Oswaldo*  
*Vergara, Francisco*  
*Vizúete, J. César*  
*Velasco, Fernando*  
*Cornejo, Diego*  
*Espinoza, Leonardo*  
*Jusid, Ana*  
*Estrella, Pablo*  
*Bravo, Gonzalo*  
*Quishpe, Carlos*  
*Bulnes, Sara*

# EL HISTORIADOR COMO CIENTIFICO SOCIAL

**Y SU PAPEL EN EL  
ANALISIS DE LOS PROBLEMAS ECONOMICOS, SOCIALES Y  
POLITICOS DE LA AMERICA LATINA Y DEL ECUADOR (1)**

*Juan Maiguashca*



## INTRODUCCION

Generalmente hablando, el historiador del siglo XX ha sido objeto de indiferencia por parte de estudiantes, de dirigentes universitarios, de autoridades públicas, de la sociedad en general y aún de sus propios colegas, especialmente de aquellos en las ciencias sociales. Las razones determinantes de esta situación son múltiples, pero solamente algunas, en efecto muy pocas, tienen que ver con las deficiencias reales o imaginarias de la disciplina de la historia, tal como se la concibe hoy. En su mayor parte la objeción es hacia la historia misma, buena o mala.

Cuáles son las objeciones al estudio del pasado? Por supuesto que son numerosas y contradictorias, pero generalmente se refieren a la manera como la gente concibe hoy la "cultura" y a su concepto del "presente". En el siglo XX el "hombre de cultura" ya no es el "homo sapiens", sino el "homo faber", el técnico. Ahora bien, para esta clase de hombre el estudio del pasado es improcedente, aún el estudio de la historia de la ciencia y de la tecnología. "Qué importancia tiene hoy Volta para los constructores de plantas de energía? Sería igual que si habláramos de Icaro a los constructores de aeroplanos". (1) En cuanto al concepto actual del "presente", la mayoría de la gente piensa de él como algo fundamentalmente "nuevo", en comparación con toda la experiencia humana anterior. Todos los hombres del globo, unos más otros menos, unos en forma positiva otros en negativa, han experimentado la formidable aceleración de los trastornos sociales que caracterizan nuestra era y que han creado la impresión de una rotura con el pasado. No es extraño, por tanto, que para el mundo de hoy el estudio de la historia parezca superfluo.

Por el contrario, lo que la gente considera pertinente es el estudio de las ciencias sociales, de las cuales se espera que, al estudiar el presente, proporcionen soluciones adecuadas a los candentes problemas del mundo contemporáneo.

Lo dicho es suficiente para explicar el rechazo de la historia por parte de la gente en general. Pero por qué los intelectuales tienen que sumarse a este concepto popular de la historia, especialmente los científicos sociales? Esta es una riña entre familia que surgió a fines del siglo pasado. Las ciencias sociales comenzaron a adquirir vida autónoma allá por la década de 1890, pre-

cisamente cuando la historia, después de un prolongado período de desarrollo, experimentaba una de sus más graves crisis. Desafortunadamente los recién llegados cometieron el error de juzgar como definitivo lo que era solamente un revés temporal y llegaron a ver la historia nada más que como una insensata recopilación de hechos. Esta equivocación inicial fue reforzada por otra. Para los flamantes científicos sociales la historia podía ser, a lo sumo, la asistente de las ciencias sociales. Por esta razón no le dieron mayor importancia, situación que se ha mantenido hasta el presente. Es así como ellos no han podido aprovechar el extraordinario resurgimiento que la historia ha experimentado en los últimos cincuenta años. Hoy en día, en su gran mayoría, la conciben como lo hacían sus antecesores en 1890.

La historia en el siglo XX, en consecuencia, ha estado laborando bajo la presión de múltiples rechazos. Esto es cierto tanto en el Ecuador, como lo es, en grados variables, en todas partes. (2) Paradójicamente este fenómeno ha ocurrido en una época cuando, como se ha dicho antes, la historia está haciendo grandes progresos y cuando ella podría ser de inmenso servicio para la sociedad en general y para los científicos sociales en particular. El problema que encara el historiador en estos momentos es, entonces, el siguiente: ¿Qué hacer para vencer la indiferencia general que existe hacia esta disciplina y restituirla al lugar que se merece en el mundo académico?. ¿Cómo puede el historiador recuperar el respeto y el interés de sus colegas más cercanos, los científicos sociales? Es obvio que él debe tomar la iniciativa: debe presentarse, debe dar a conocer sus logros y debe promover un diálogo con aquellos que no le conocen.

Estos imperativos han guiado la redacción de esta ponencia y explican y justifican su contenido. La Primera Parte es un esbozo del largo proceso de autodescubrimiento por el que ha pasado la historia desde el siglo XVII hasta fines del XIX. Esto lo ofrecemos a manera de presentación. La Segunda Parte es un recuento de los logros del historiador durante el siglo XX. Le veremos jactándose de que, gracias a su esfuerzo, su disciplina ha conquistado un puesto entre las ciencias sociales. Por fin, en la Tercera Parte, encontraremos al historiador, nuestro flamante científico social, tratando de entablar un diálogo con sus nuevos colegas sobre dos problemas importantes que hasta ahora han obstaculizado una verdadera comprensión tanto de la realidad latinoamericana como de la ecuatoriana. (3)

## PRIMERA PARTE: EL DESARROLLO DE LA HISTORIA COMO DISCIPLINA DESDE EL SIGLO XVII HASTA FINES DEL XIX

### A. La Crisis del Siglo XVII

En la Antigüedad y en la Edad Media, como es bien sabido, el ideal del saber era captar la verdad moral universal y la verdad religiosa, respectivamente. La historia, al preocuparse por la verdad concerniente a asuntos humanos, asuntos contingentes, era un tipo secundario de conocimiento. Valía la pena cultivarla solamente cuando, a través del acaecer histórico, ilustraba la existencia y validez del orden moral o religioso. Por consiguiente, por largos siglos la historia fue un instrumento o de la Ética o de la Teología. Durante las épocas arriba mencionadas la historia fue también considerada como una forma secundaria de Literatura. A pesar de no disponer de los recursos estéticos de la Poesía, su función era la de expresar sus ilustraciones de verdades eternas en una forma elegante y placentera. Para lograr este fin la historia dependía de las reglas de la Retórica. Así, tanto en la forma como en el contenido, para el hombre antiguo y medieval la historia fue una forma de conocimiento, por así decirlo, dependiente. Naturalmente, bajo estas circunstancias, los historiadores nunca tuvieron el estímulo para formular un cuerpo de reglas para su disciplina como tal.

Este estado de cosas se cambió durante los siglos XV y XVI. En efecto, durante el Renacimiento tanto la visión ética como la teológica del universo comenzaron a perder su influencia en la mente de los hombres. Como resultado, todas las expresiones de la vida humana dejaron de ser apreciadas como manifestaciones de órdenes inmutables y adquirieron un significado propio. La historia se benefició de esta coyuntura, ya que entonces pudo aspirar a ser una forma independiente de conocimiento. Si el hombre, más bien que Dios, era la "medida de todas las cosas", entonces los problemas humanos eran dignos de ser estudiados por sí mismos. En estas condiciones resultó natural que los historiadores se dedicaran a la formulación de un conjunto de reglas que regirían el conocimiento histórico y por primera vez comenzaron a escribir obras sobre metodología de la historia. A principios del siglo XVII se había hecho considerable progreso en este campo. La autoridad de la Biblia y la de los Padres de la Iglesia, por ejemplo, ya no eran suficientes para garantizar la verdad histórica. La autoridad de los autores antiguos ya no se consideraba sacrosanta tampoco. El historiador sintió ahora la urgencia de tener acceso directo a documentos y proclamó que solamente el uso de estos últimos le permitiría descubrir la verdad histórica.

A mediados del siglo XVII justamente cuando la historia parecía estar bien encaminada a consolidar sus fundamentos epistemológicos, fue objeto de un ataque devastador que puso en duda su validez como forma de conocimiento. ¿Qué aconteció?. He aquí las más importantes objeciones que entonces formularon los críticos de la historia. Mientras algunos historiadores, como hemos visto, se ocupaban de echar los cimientos de su disciplina, otros tomaron partido en las confrontaciones religiosas y políticas en boga en toda Europa durante la segunda mitad del siglo XVI y la primera mitad del XVII. El resultado fue historia partidista. Los críticos no perdieron la oportunidad de aprovechar de esta situación y proclamar que, al menos en la práctica, los historiadores no tenían ninguna vocación para la verdad. Otro hecho que se utilizó en contra de la historia fue el rápido progreso realizado por las ciencias naturales en la primera mitad del siglo XVII, como resultado de lo cual la mecánica y las matemáticas se convirtieron en los nuevos modelos del conocimiento. Se comparó la historia con estas dos disciplinas y el resultado fue de que ésta carecía del rigor y exactitud de aquellas. Finalmente los críticos de la historia dirigieron su ataque al trabajo sobre metodología recientemente concluido: la documentación en sí y de por sí, arguyeron ellos, no es suficiente para garantizar la verdad histórica. Los documentos podrían ser falsificados o nada fidedignos (por ejemplo, las declaraciones obtenidas por medio de tortura). Además existía el problema ulterior de interpretar correctamente hechos que habían sido comprobados como verdaderos. Mientras estos problemas no se resolvieran, cosa que los críticos creían ser imposible, la historia no podía aspirar a formar parte del saber humano. De modo que lo que comenzó como una crítica a una mala historia, a una historia partidista, concluyó poniendo en duda la validez de la historia misma. Durante la segunda mitad del siglo XVII estuvo de moda negar la posibilidad de un sólido conocimiento histórico.

De frente a esta situación, los historiadores tuvieron dos alternativas: o abandonar la historia en favor de algo más sistemático y seguro o retomar a la mesa de trabajo para confrontar las objeciones hechas por aquellos que negaban la legitimidad de su disciplina. De entre aquellos que retornaron a la mesa de trabajo, emergieron, con el andar del tiempo, dos respuestas diferentes.

El grupo que aparece primero en orden cronológico, conocido en la literatura como los "eruditos", trató de dar una base sólida a la historia desarrollando un método que permitiría al historiador deducir hechos verídicos de



fuentes primarias... ¿Cómo se puede determinar las características de una fidedigna evidencia histórica? se preguntaron ellos. Sus esfuerzos produjeron resultados y en 1681, después de la publicación De Re Diplomática de Mabillon, aún los críticos de la historia admitieron a regañadientes que se había dado un gran paso adelante para determinar la autenticidad de las fuentes primarias. En efecto, en esta obra se enumeraba y analizaba las reglas que permitieran al historiador distinguir entre falsificaciones y documentos auténticos. Es así como los "eruditos" dieron origen a la paleografía, a la epigrafía y a la numismática, o sea las disciplinas auxiliares de la historia. No hay duda de que el éxito logrado por los "eruditos" fue una contribución permanente para la vindicación de la historia como una forma legítima de conocimiento.

Los logros de los "eruditos", sin embargo, no fueron suficientes para poner de nuevo en pie a la historia. En efecto, en los años 40 del siglo XVIII, a medida que llegaba a su fin la época de oro de los "eruditos", emergió una nueva generación de intelectuales que no estuvo conforme con ellos y que ofreció una nueva solución al problema planteado por los críticos de la historia en el siglo anterior. Para estos intelectuales, conocidos en la historia del pensamiento del siglo XVIII como los "filósofos" y entre los cuales las figuras de mayor representación fueron Montesquieu y Voltaire, basar la validez de la historia exclusivamente en fuentes primarias dignas de confianza, era emascularla. Si la historia era una forma del conocimiento, debía ser una explicación en vez de una simple descripción de hechos verdícos. Convencidos de que el mundo social era regido por la razón, los "filósofos" sostuvieron que la verdadera labor del historiador consistía en captar el desarrollo de ésta en el flujo de los eventos humanos. Pero el historiador nunca podría alcanzar esta meta acumulando simplemente hechos verdícos: para esto era indispensable descubrir las relaciones entre los eventos y estudiarlas con el objeto de establecer las "causas generales" que sustentan el proceso histórico. En conclusión, y utilizando el lenguaje de la época, solamente la "historia filosófica" merecía el título de conocimiento.

Tanto los "eruditos" como los "filósofos" estaban luchando, pues, por los fueros de la historia, aunque desde diferentes perspectivas. Mientras los primeros insistían en la necesidad de construir el edificio de la historia con buen material, los segundos, minimizando este aspecto, daban mayor importancia a la interpretación. ¿Cuál de los dos se impondría? Ninguno. O, mejor dicho, ambas posiciones fueron apropiadas e integradas por una tercera escuela. Este fue un grupo de historiadores alemanes del último cuarto del siglo

XVIII Gatterer, Schölzer y Müller. Siguiendo a los "eruditos" ellos adoptaron y pusieron en práctica un método crítico para el estudio de las fuentes primarias. Siguiendo a los "filósofos", por otra parte, ellos insistieron que la historia no podía ser "meramente un agobio para la memoria", sino que debía ser también "filosofía, relacionando perpetuamente los resultados con sus causas". Así armados con un método capaz de discernir la veracidad de los documentos y otro capaz de interpretar los hechos así obtenidos, legitimaron la historia como una forma válida del conocimiento. Por medio de esta síntesis los profesores alemanes proveyeron una respuesta satisfactoria a los críticos del siglo XVII. Por vez primera la historia poseía los elementos de una ciencia.

Por vez primera también la historia comenzó a sentar pie firme en los ámbitos de la universidad y a medida que sucedió eso, se crearon cátedras, se idearon programas de estudios, se montaron bibliotecas, se organizaron institutos para investigaciones históricas, se editaron y publicaron documentos. Los responsables de este desarrollo fueron precisamente los historiadores alemanes del siglo XVIII. Así pues, se les debe rendir homenaje también por haber dado los primeros pasos hacia la organización de la historia como una institución y eventualmente una profesión.

## B. EL Auge del Siglo XIX

Como es bien conocido, la historia llegó a su mayoría de edad, en el siglo XIX. Los nombres generalmente relacionados con esta realización son los de Niebuhr y Ranke. Estos dos historiadores culminaron el proceso puesto en marcha por sus antecesores en el último cuarto del siglo anterior. Su contribución a la historia como disciplina fue elaborar en detalle una versión depurada de la síntesis del siglo XVIII y utilizarla para la producción de obras maestras de análisis e investigación históricos. En otras palabras, con Niebuhr, Ranke y sus discípulos, la historia va más allá de una etapa metodológica y entre en un período de intensa investigación empírica. En cuanto a su contribución a la historia como institución, ellos la transformaron de una actividad sin reconocimiento a la más honrosa y prestigiosa empresa académica del siglo XIX. (4)

Habiendo caracterizado de un modo general las conquistas del siglo XIX, pasamos ahora a estudiarlas en forma más detenida. Gatterer Schölzer y Müller, como hemos visto, habían dedicado sus vidas intelectuales a la producción de una historia que se ajustaría a las exigencias de una investigación rigurosa. Ranke fue el mejor realizador de este ideal, tanto en la teoría como en

la práctica. Decidido a escribir lo que él llamó "historia científica", Ranke depuró cada una de las dos dimensiones de la síntesis ya anotada, el método de crítica de las fuentes y el método de interpretación histórica.

Por lo que se refiere a la crítica de las fuentes, Ranke había heredado dos conjuntos de reglas: uno que tenía el propósito de determinar la "autenticidad" de documentos históricos y el otro el de establecer su "credibilidad". El primer conjunto había sido formulado detalladamente por los "eruditos" y por Schlözer y sus colegas. El segundo, por el contrario, estaba por completarse. La contribución especial de Ranke fue la de explorarlo minuciosamente. A este respecto él estableció con claridad la posición entre lo "no intencional" y lo "intencional" en fuentes primarias. Para él un documento "intencional" tenía menor credibilidad de un "no intencional" debido a que su función era el de crear una opinión determinada en un público presente o futuro. El "no intencional", mientras tanto, no tenía motivación ulterior y, por lo tanto, podía ser utilizado por el historiador con más confianza. El método Rankeano de la crítica de las fuentes se convirtió en el modelo de investigación histórica en la Europa de su época.

Volviendo ahora a la contribución de Ranke a la interpretación histórica, lo más importante que se debe mencionar es que él es el primer historiador en formular un modelo bien definido del proceso histórico y a utilizarlo sistemáticamente en sus investigaciones. Con el beneficio de la retrospectiva es fácil encontrar imperfecciones tanto en la naturaleza del modelo como en su modo de emplearlo. Aún así, sus esfuerzos por descubrir, como lo explicó él, las "interrelaciones de los eventos" fue una contribución neta al desarrollo de la historia como una empresa científica.

Para Ranke el proceso histórico es una serie finita de "fuerzas creadoras", concebidas en un orden jerárquico. Las fuerzas geográficas, económicas, sociales y culturales se encuentran todas en un nivel y constituyen las manifestaciones externas de la vida de una entidad histórica: i. e. una clase de personas (Los Papas, por ejemplo), un país (Alemania, Inglaterra), un grupo de países (la comunidad europea), etc. La cantidad de "fuerzas creadoras" en la historia, sin embargo, no se limita a aquellas que se pueden observar directamente. Hay un nivel más profundo que, aunque no sea visible, imparte ímpetu y dirección a las fuerzas en la superficie. Estas fuerzas subyacentes se llaman "ideas" y se manifiestan ante el historiador entrenado ya sea como una tendencia "que influye en muchos detalles, en diferentes lugares, bajo di-

ferentes circunstancias y que al principio es apenas perceptible, pero gradualmente se hace visible y finalmente irresistible", o como fuerzas creadoras "que no pueden deducirse en todo su alcance y majestad de las circunstancias que las acompañan". (5) Un ejemplo de lo primero sería el proceso de secularización en Europa desde la Edad Media hasta el siglo XIX. Un ejemplo de lo segundo sería el Renacimiento italiano. Para Ranke las "ideas" constituyen la "estructura interna" del proceso histórico.

A más de lo que podría llamarse la dimensión vertical del modelo histórico de Ranke, existe otra, una horizontal. Para Ranke el estudio de las entidades históricas es apropiado solamente cuando se relaciona con un contexto mayor, por ejemplo, la historia local con la nacional, la historia nacional con la mundial. ¿Por qué debería ser así? Porque para él las entidades históricas no existen en el aislamiento si no en agrupaciones o sistemas. El sistema europeo es un ejemplo que hace al caso. Ahora bien, dentro de cada sistema las entidades históricas se relacionan de acuerdo con su poder, con la consecuencia de que la más poderosa ejerce influencia sobre las demás. En la opinión de Ranke las transformaciones que ha experimentado el mundo provienen de estas poderosas entidades históricas. Por eso es que los historiadores deben prestar especial atención a aquellas naciones que han dejado su marca en la historia. Y aquí, una vez más, el historiador se encuentra de nuevo con el nivel de las "ideas", ya que la lucha de los poderes históricos no son solamente obra de la fuerza bruta: en las palabras de Ranke, "ningún estado ha existido jamás sin una base espiritual y sin un contenido espiritual. En el poder mismo una esencia espiritual se manifiesta de por sí". (6) De cualquier modo que aborde el historiador la realidad histórica entonces, su tarea es captar su esencia o sus "ideas". En otras palabras suministrar una "interpretación idealista de la historia".

Refiriéndose a las dimensiones verticales y horizontales de su modelo Ranke escribió: "En mi opinión nosotros debemos trabajar en dos direcciones: la investigación de los factores efectivos en los eventos históricos y el entendimiento de su relación universal". (7) Mientras que la primera conduce al historiador a escribir una historia que tiene en cuenta no sólo la política sino también la economía, la sociedad, la cultura, etc.; la segunda le lleva directamente hacia una historia político-diplomática. Ambas direcciones son fundamentales para la buena historia. Aunque a través de los años Ranke se inclinó a enfatizar la segunda, jamás abandonó la primera.

Las ideas y prácticas que acabamos de bosquejar tuvieron gran influencia en Alemania, Europa y, finalmente, en el mundo entero. Esto, por una parte, se debió a su valor intrínseco. Pero esto no basta para explicar su tremendo impacto. Para tener un cuadro completo debemos brevemente examinar el progreso de la historia como institución, proceso que se desarrolló paralelamente con la metodología rankeana. Es obvio que a Ranke y a sus colegas les interesaba crear una estructura institucional que diera cabida a sus teorías. Se ha dicho anteriormente que ellos concibían la historia como una disciplina científica. Muy bien, las instituciones que ellos organizaron en Alemania durante el siglo XIX encarnaron este concepto de la historia. El "Seminario", por ejemplo. Hasta fines del siglo XVIII el historiador había sido un diletante, había adquirido los instrumentos de su oficio por medio de la auto-educación. En el siglo XIX, con la aparición de la historia de Ranke, esto ya no fue posible. Fue necesario entrenar historiadores de acuerdo a normas rigurosamente establecidas. Ranke creó el Seminario universitario precisamente para este fin. Sus Seminarios, así como los de sus discípulos G. Waitz y H. Von Sybel, adquirieron renombre mundial.

Consideremos luego la creación de los "archivos históricos". Nuevamente, hasta fines del siglo XVIII, los archivos habían sido una rama de la administración civil y, como tales, sus funciones fueron hacer accesible a las autoridades el material relacionado con asuntos que estaban pendientes. En lo que se refiere a documentos de asuntos ya liquidados, estos yacían en depósitos, amontonados, bajo llave, inaccesibles. Con el advenimiento de la historia científica los historiadores comenzaron a despreciar las bibliotecas, el lugar donde habían tradicionalmente hecho sus investigaciones, y a presionar por la transformación de los depósitos antes mencionados en archivos históricos. Los Rankeanos tuvieron éxito y la nueva institución se congestionó de estudiosos que, siguiendo los preceptos aprendidos en los Seminarios, buscaban reportajes de testigos presenciales y los "documentos más inmediatos y ciertos" de un determinado proceso histórico.

Finalmente, un vistazo al establecimiento de las revistas históricas. En el siglo XVIII éstas revistas habían tenido vidas cortas e insignificantes; fueron el resultado de la acción de grupos y camarillas efímeros que se dirigieron al público en general. A mediados del siglo XIX los graduados de los Seminarios Universitarios de Alemania y de otros países empezaron a organizarse en una gran comunidad militante de estudiosos. Para servir sus intereses hubo necesidad de un nuevo tipo de revista, las que se crearon con el propósito de fomentar el conocimiento científico de la historia, el desarrollo de ésta como

disciplina y el entrelazamiento de los miembros del nuevo gremio académico. En el prólogo del primer número de la más famosa de estas revistas, la *Historische Zeitschrift*, Sybel, uno de los más destacados discípulos de Ranke, escribió: "La meta de esta revista es la de ser científica. Su tarea primordial es la de ilustrar y explicar el verdadero método de la investigación histórica. Esta revista, por lo tanto, enjuiciará cualquier desviación que se haga de él" (8). En tono similar, el primer número de la *Revue Historique* proclamó años después: "vamos a crear. . . no un órgano de polémicas o uno de vulgarización, nuestra revista no será tampoco una colección de pura erudición. Aceptaremos solamente artículos originales, basados en fuentes originales, los que enriquecerán la ciencia ya sea por el rigor de la investigación que exhiban o por la profundidad de sus conclusiones. . ." (9). Las revistas históricas que fueron fundadas en la segunda mitad del siglo XIX continúan en existencia.

A propósito de las revistas históricas y del impacto que tuvo el concepto de historia científica, hay otro punto importante que se debe mencionar. Como se ha dicho anteriormente, en la Antigüedad y en la Edad Media, se consideraba a la historia como un ramo de la literatura. Esta concepción empezó a perder terreno a partir del siglo XVI en adelante. Pero fue, sólo en el XIX, con la cristalización del concepto científico de la historia, cuando se rechazó finalmente esta idea. Si la historia no es literatura, si la historia es una ciencia, los historiadores del siglo XIX se preguntaron, ¿Cuál es su forma correcta? La respuesta fue ofrecida sobre todo por los directorios de las más prestigiosas revistas históricas de la época. Desde el principio estas revistas tuvieron ideas precisas sobre lo que debía ser la forma correcta de la historia científica y procedieron a implementarlas. Los editores de la *Revue Historique* expresaron ideas compartidas por todas ellas cuando escribieron: . . . "demandamos de nuestros colaboradores una forma de exposición estrictamente científica, donde cada aseveración vaya acompañada de pruebas concluyentes y de referencias completas y precisas. Excluiremos rigurosamente generalizaciones sin apoyo y toda clase de retórica". (10) De este modo, por fin, los historiadores se desprendieron de los últimos vestigios de dependencia de otras disciplinas.

Seminarios universitarios, archivos históricos, revistas especializadas, estas y otras instituciones históricas aparecieron en Alemania en su mayoría durante la primera mitad del siglo XIX. De ahí se extendieron a Francia, a los Estados Unidos, a Inglaterra, al sur y al este de Europa. Y a medida que lo hacían, llevaron consigo, por todas partes, las ideas de Ranke.

### C. La Segunda Crisis

Así como el desarrollo de la institución de la historia ayudó a la diseminación de las ideas de Ranke, así también contribuyó a su eventual deformación. Como dijimos antes, el propósito de los Seminarios Universitarios de Alemania fue el de formar historiadores profesionales. Inicialmente un grupo de estudiantes escogidos pudieron aprovecharse de esta oportunidad. Pero con el pasar del tiempo y a medida que la historia adquiría prestigio, el número de estudiantes se incrementó dramáticamente, tanto que a fines de los años 50, cuando los profesores ya no tuvieron más espacio para la multitud, el Estado asumió la responsabilidad de la organización de lo que llegó a llamarse Seminarios de Estado. Estas instituciones crecieron en cantidad y tamaño durante toda la segunda parte del siglo XIX, hasta los años 80, cuando surgió una fuerte reacción en contra de ellas. Se les acusó de acoger a numerosos estudiantes que no tenían inclinación hacia la historia. Se les acusó también de tener profesores que, desanimados por la gran cantidad y pobre calidad de los estudiantes, recurrieron a métodos autoritarios de enseñanza. Por último se les culpó de haber precipitado una crisis en los estudios históricos.

"La crisis no se puede negar", escribió un viejo profesor alemán en esos días "La investigación histórica de Alemania todavía es la mejor en el mundo, pero se echa a perder en asuntos insignificantes. Hoy, Ranke es casi el único que queda como representante de aquella tradición que exigía que el historiador fuese a la vez un explorador de fuentes nuevas y un pensador con una visión general; y Ranke tiene 84 años. Los jóvenes de hoy están cometiendo un error al cultivar porfiadamente una historia microscópica". (11) En otras palabras, el crecimiento numérico de la profesión había llegado al punto de producir rendimientos decrecientes en los años 80. Los nuevos graduados en historia ya no estaban versados en la metodología histórica propiamente dicha el método crítico de las fuentes y el método interpretativo. Ellos solamente dominaban el primero. De tal manera que lo que antes era una ciencia se estaba convirtiendo en una simple tecnología.

Hubieron otros factores institucionales que contribuyeron a la erosión de la historiografía Rankeana a través de los años. Hemos dicho que los archivos históricos abrieron sus puertas en la primera mitad del siglo XIX. Ahora, los mejores y, en muchos casos, los únicos documentos organizados que el historiador encontró en ellos, fueron aquellos concernientes a la vida política y diplomática del estado. Esta fue una oportunidad única para utilizar lo que equivalía a información de testigos presenciales de eventos pasados. De

ahí la predilección original del historiador por la historia diplomática y política. Con el tiempo esta predilección se consolidó en un hábito de la mente, al punto de que la historia se redujo a la historia de las relaciones políticas y diplomáticas. Esto significó una nueva pérdida para la historia Rankeana. Como hemos visto, según Ranke, el historiador debe trabajar en dos direcciones por una parte, en el análisis de los procesos efectivos de una entidad histórica dada (nivel superficial: la geografía, la economía, la cultura, etc.; nivel interno: las "ideas"), y por otra en el estudio de las relaciones de esta entidad con otras en el contexto más amplio posible. Al reducir la disciplina histórica a la historia de la política y de la diplomacia, los historiadores del último cuarto del siglo XIX se limitaron a seguir solamente la segunda dirección. En cuanto a la primera, que hoy se podría llamar la historia de la civilización, fue abandonada por completo.

Un tercer factor institucional que contribuyó al desequilibrio y al empobrecimiento de la historiografía rankeana tuvo que ver con la adulteración que sufrió la misma en países tales como los Estados Unidos e Inglaterra. Gracias a la labor del Profesor George G. Iggers sabemos hoy que los historiadores norteamericanos e ingleses adoptaron las contribuciones que Ranke hizo al método crítico de las fuentes, pero ignoraron completamente su interpretación idealista de la historia. De este modo en manos de los anglosajones Ranke fue convertido en un burdo empírico. No es extraño que finalmente fuera acusado en estos países de haber patrocinado un tipo de historia hostil a la teoría; historia que, por esta razón, no era más que un catálogo de hechos.

De todas estas maneras y muchas otras que no podemos analizar en esta sede, la escuela histórica de Ranke perdió profundidad y sustancia, degenerándose en un estéril ejercicio académico. Es en este momento de debilidad que recibió serios y numerosos retos procedentes de una cantidad de sectores, dentro y fuera del ámbito académico. Dentro de la institución se trató de historiadores que se opusieron al dominio de la historia político-diplomática y que se interesaron en explorar nuevos caminos. Para algunos, como Burckhardt, el estudio del pasado significaba, sobre todo, reconstruir la cultura, el estilo de vida de las naciones. Otros, como Pirenne, se dedicaron al estudio del pasado económico. Estos, sin embargo, eran individuos aislados, al margen de la historia oficial. Aun así, su brillo individual atrajo partidarios y a finales del siglo sus obras señalaron el inicio de un proceso de fragmentación de la historia ortodoxa que se aceleraría enormemente al comenzar el siglo siguiente.



Completamente aparte de las objeciones que emergieron desde dentro, hubieron también factores externos que contribuyeron a profundizar la crisis de la historia. Para comprenderlos basta recordar la situación de Europa a fines del siglo XIX. Como es bien conocido de 1850 a 1880, Europa había gozado de una prosperidad económica y de una estabilidad social y política sin precedente. Esta situación se deterioró durante el último cuarto del siglo. La economía empezó a decaer considerablemente. Las masas, después de 20 años de subordinación, se sintieron inquietas. En cuanto a la política, esta era todo menos política en el sentido tradicional de la palabra: grupos de presión económica se apoderaron de los partidos políticos y la vida exterior de las naciones estuvo dominada por conflictos económicos. Encarando esta realidad, algunos de los disidentes historiadores jóvenes, tanto como un público perspicaz, empezaron a poner en duda la validez misma del concepto de la historia de Ranke. Se volvió más y más evidente que su "interpretación idealista" nunca podría dar una explicación aceptable de la experiencia histórica de su tiempo, condicionada tan claramente por factores económicos y sociales. Se necesitaba un nuevo modelo interpretativo para reemplazar el de Ranke. En tales circunstancias, el materialismo histórico, una doctrina que se había formulado en los años 50 y 60 totalmente independiente de la institución de la historia, y que al principio no había tenido ningún impacto en su producción, se volvió más y más pertinente y más y más atractiva. De este modo una cantidad de obras históricas comenzaron a aparecer en Europa y en América utilizando conceptos marxistas. En estos primeros trabajos, por supuesto, el nuevo modelo de interpretación fue seguido de una manera muy simplista. Sin embargo, este era el comienzo de un tipo de historiografía que estaba destinada a tener un gran impacto en el siglo XX. Por el momento fue un factor más en la fragmentación de la historia oficial.

Pero lo que desafió la existencia misma de la historia como disciplina fue el gran desarrollo de las ciencias sociales. Aunque algunas de ellas, tales como la Economía, se habían convertido en un conjunto sistemático de principios y habían logrado su independencia como disciplinas muy tempranamente (1750—1850), las demás no alcanzaron esta posición sino hasta fines del siglo XIX y principios del XX. El primer ataque vino de varias de ellas en los años 90 y desafió la noción de la objetividad científica, tan sacrosanta para los historiadores rankeanos. La creencia de que para ser científico era suficiente determinar los hechos y ponerlos en orden dentro de una estructura de ideas, pareció demasiado ingenua a los novísimos científicos sociales. Pues para ellos el observador científico no tiene en realidad acceso directo al mun-

do social, ya que entre él y este mundo existe un sistema de valores. Este sistema de valores ordena la selección de los problemas dignos de ser investigados y determina la naturaleza de los resultados. El historiador del siglo XIX había proyectado ingenuamente sus valores a la realidad histórica y al hacerlo había sido infiel a su vocación científica.

Por fin un último ataque contra la historia provino de la sociología. A principios de este siglo, preocupado con la tarea de echar los cimientos de su disciplina, Durkheim proclamó que la historia era indispensable para la sociología, ya que sin ella era imposible entender la realidad social. Pero se apresuró a poner en claro que la historia que el sociólogo necesitaba no era la practicada por los historiadores de entonces. Esta era una disciplina descriptiva, una mera técnica. Lo que necesita el sociólogo era una historia capaz de discernir regularidades en el proceso histórico y esto lo podía hacer solamente una persona que poseyera los utensilios mentales del sociólogo. En cuanto a la historia escrita por el historiador, ésta podría ser de algún valor siempre y cuando se la concibiera como una de las disciplinas auxiliares de la sociología. Pues solo el sociólogo podía interpretar científicamente el material elaborado por el historiador. Las ideas de Durkheim tuvieron enorme influencia entre los científicos sociales, y en países tales como los Estados Unidos de América y la Gran Bretaña estas ideas subsisten hasta hoy.

Como se puede ver, a fines del siglo XIX y a principios del siguiente, la escuela rankeana, una sombra de lo que había sido, se estrelló contra un oleaje de crítica proveniente de una cantidad de direcciones. La mayor parte de esta crítica fue justificada, sin embargo no se hizo nada al respecto. A los rankeanos del momento no les interesaba mínimamente el estado de su disciplina. Ellos estaban mucho más preocupados por defender la posición de poder que entonces controlaban en Alemania, Gran Bretaña, Francia, los Estados Unidos y en la mayoría de los otros países, donde la historia se había convertido en una empresa académica. En estas circunstancias una nueva generación de historiadores, ansiosos de reconstruir y restaurar el edificio de la historia, no tuvieron más que declararse en revolución.

## SEGUNDA PARTE: EL DESARROLLO DE LA HISTORIA COMO DISCIPLINA EN EL SIGLO XX

### A. La Escuela Francesa: Un Nuevo Concepto de la Historia

Hay muchas maneras de sublevarse contra un sistema establecido que se ha vuelto opresivo. Hay la protesta individual, también hay motines, existen rebeliones y, claro, revoluciones. De todas estas formas de protesta, las tres primeras están apuntadas contra aspectos específicos del sistema imperante sin desafiarlo como orden propiamente dicho. Solamente la última, la revolución hace esto. Ahora, a fin de desafiar la totalidad de un sistema de poder establecido, no basta sólo postular y luchar por su destrucción. Para que una revolución triunfe, tres factores, por lo menos, son imprescindibles: explicar a través de un programa revolucionario los fundamentos y corolarios prácticos de un nuevo sistema que reemplazará al anterior; institucionalizar los principios del nuevo sistema tan pronto como se haya logrado la victoria y, finalmente, consolidar las nuevas instituciones, asegurándose el respaldo del pueblo.

Si nosotros utilizáramos este esquema para explicarnos lo que los historiadores han hecho en este siglo para liberar a la historia del yugo del emasculado sistema rankeano, encontraríamos que ellos han protestado individualmente, se han amotinado, han participado en rebeldías, y, por lo menos en tres ocasiones, han intentado llevar a cabo sendas revoluciones. Estos intentos revolucionarios han tenido lugar en los Estados Unidos, en Rusia y en Francia. Sin embargo, de estos tres sólo el francés ha triunfado en el sentido descrito anteriormente. Nos estamos refiriendo a los logros de la escuela francesa, popularmente conocida como la "Escuela Analista". En efecto, esta escuela comenzó proclamando un programa revolucionario. Luego, gracias a una lucha sin tregua, expulsó a los detentadores del poder. Entonces, sin pérdida de tiempo institucionalizó su concepto de historia. Finalmente, durante los últimos veinte años ha consolidado su posición gracias a la adhesión de la comunidad de historiadores de Francia y, poco a poco, del mundo entero. Por lo tanto si queremos comprender la revolución de nuestro siglo contra la historiografía del siglo anterior, no hay mejor sitio para hacerlo que el movimiento intelectual que acabamos de mencionar. (12).

"Ningún grupo de estudiosos ha tenido un impacto mayor, o un efecto más fecundo, en el estudio de la historia de este siglo", escribe un famoso his-

toriadur inglés, "que los historiadores franceses de la "Escuela Analista" franceses de origen, franceses por inspiración, estos historiadores forman ahora una élite internacional, agrupados por una filosofía inconfundible y por una lealtad corporativa. . ." (13) En otra parte un distinguido historiador americano caracteriza a la escuela francesa, de esta manera: "la más ecuménica del mundo. . ."; "más exitosa que la de cualquier otra nación en adoptar una actitud que le ha permitido establecer relaciones positivas y fructíferas con las ciencias sociales"; "la escuela más dinámica y productiva de historiadores en el ejercicio de la historia hoy por hoy". Refiriéndose a la revista que los Analistas publican, nuestro autor escribe: "es la publicación histórica más grande de Francia" y en su campo específico "no tiene rival en ninguna parte". En cuanto al futuro de la escuela, le parece que "con una base sólida en Francia y gracias a una persuasión cordial los Analistas están por conquistar el mundo". (14) Estas citas son significativas porque vienen de dos distinguidos historiadores que tienen un concepto de la historia muy diferente de los Analistas y porque son cada vez más representativos de una corriente de opinión del mundo intelectual anglosajón, el que, como es notorio, tiene poco en común con lo que ellos llaman el mundo intelectual "continental".

Y es hora de estudiar en algún detalle la Revolución Francesa en el pensamiento histórico. Comenzaremos examinando minuciosamente el programa revolucionario expuesto por los Analistas. Este programa fue formulado entre 1920 y 1949; 1920 es la fecha cuando Marc Bloch and Lucien Febvre, los fundadores de la Escuela Analista, se reunieron en la Universidad de Estrasburgo e iniciaron una colaboración que había de perdurar por veinticinco años; 1949, por otra parte, es el año cuando F. Braudel, discípulo de Febvre, publicó su *La Méditerranée et le monde méditerranéen*, la más lograda expresión de las principales doctrinas revolucionarias de la escuela francesa.

Los primeros diez años fueron un período de incubación; Febvre y Bloch enseñaron juntos, investigaron juntos, pero, sobre todo, sometieron a prueba sus teorías produciendo obras de vanguardia. Solamente cuando estuvieron seguros de sí mismos y de sus teorías iniciaron su campaña contra la historia del siglo XIX en la forma de una nueva revista histórica intitulada *Annales d'histoire économique et sociale*. Era el año 1929. El primer número de *Annales* tenía un prólogo "a nos lecteurs", en el que los "directeurs" Marc Bloch y Lucien Febvre— exponían su razón de ser. ¿Por qué otra publicación? Porque la crisis en los estudios históricos que había salido al descubierto a fines del siglo pasado continuaba en existencia. Para los Analistas

el problema fundamental era la falta de comunicación no sólo entre los varios tipos de historiadores (económicos, sociales, culturales, etc.) que habían surgido desde fines del siglo pasado, sino muy especialmente entre los historiadores y los científicos sociales. Esta separación constituía, según ellos, el obstáculo principal en el camino de la regeneración de la historia

¿Cómo se podía superar este obstáculo? Una manera era crear una revista dedicada a una cruzada contra las barreras que separaban a los historiadores entre sí mismos y a los historiadores de los científicos sociales. ". . . ¡Cuántas preciosas sugerencias sobre método e interpretación de los hechos; qué ventajas en términos de cultura; qué progreso en la intuición resultaría si hubiesen más frecuentes intercambios intelectuales entre los dos [grupos]! . . ." (15) Para Bloch y Febvre el futuro de la historia así como el de las ciencias sociales dependía de este tipo de intercambio. Siendo este el caso, "era urgente continuar con la empresa, no por medio de artículos sobre método, no mediante disquisiciones teóricas, sino a través de ejemplos, por medio de resultados concretos. . ." (16)

Consecuente con su palabra, L. Febvre y M. Bloch utilizaron *Annales* para publicar trabajos originales de una nueva generación de historiadores y científicos sociales. Consecuente con su palabra, ellos también produjeron e incitaron a otros a producir libros que hacían poco caso de compartimientos y etiquetas. Pero ellos también escribieron, y en grado muy extenso, sobre método. Esto era inevitable ya que de vez en cuando se vieron en la necesidad de hacer inventario del territorio intelectual que habían cubierto, trazado y conquistado. Es de estos dos tipos de escritos que surgió un nuevo concepto de la historia y es a este concepto que nos remitiremos de inmediato.

Las exhortaciones de Bloch y Febvre a sus colegas historiadores de que se deshicieran de sus anteojeras y empezaran a mirar sobre sus hombros no representaron solamente un afán de higiene mental. La verdadera intención fue hacerles comprender algo que ellos, gracias a su amplio interés en la historia y a su preparación interdisciplinaria, habían descubierto en largos años de investigación y análisis: primero, que la historia es una e indivisible, y segundo, que ella es una de las ciencias sociales.

Según ellos, los distintivos de "económico" y "social", como los usaban los historiadores que se habían atrevido a rebasar las fronteras de la historia política, habían adquirido un valor ontológico, con la consecuencia de que

tanto la realidad histórica como la historia en cuanto disciplina, habían sido rebanadas en fracciones sin sentido. Estos distintivos, sin embargo, eran meras fricciones y resultaban útiles solamente en la medida que señalaban perspectivas desde las cuales el historiador podía penetrar en el proceso histórico como un todo. Para los Analistas este proceso es algo unitario y sólo puede ser desentrañado por una disciplina capaz de enfrentar esta característica fundamental. Por tanto, para ellos "no hay historia económica, ni historia social, sino simplemente. . . "Historia".

En cuanto a la clasificación de la historia como una de las ciencias sociales, esta noción se la entiende mejor examinando la crítica que los Analistas hicieron de la escuela rankeana vigente a fines del siglo XIX y a principios del presente.

Un motivo de gran irritación para los Analistas fue la preocupación exclusiva de los rankeanos por lo individual, por lo particular, algo que da a esa historia un carácter trunco y arbitrario. Por eso los Analistas la llamaron "petite histoire", historia microscópica. "Nosotros no negamos", escribe Braudel, "la realidad de los eventos o el rol de los individuos, lo cual sería pueril. Pero es necesario darse cuenta que el individuo, en la historia, es, la mayor parte de veces, una abstracción. En la realidad palpitante no existe el individuo confinado a sí mismo; todas las aventuras individuales se fundan en una realidad más compleja, la de la realidad social una realidad "entretrejida" como dice la sociología. No se trata de negar lo individual bajo el pretexto de que es el producto de contingencias; se trata más bien de ir más allá de él en busca de fuerzas de otro tipo y de reaccionar contra una historia arbitrariamente reducida a los triunfos de grandes héroes. . . "(17). Por consiguiente, para los Analistas el verdadero objeto de la historia es "no el hombre, nunca el hombre individual, sino las sociedades humanas, los grupos organizados". (18).

Además, para los Analistas, la historia rankeana de finales de siglo al hacer gala de un miope empirismo no sólo era acientífica sino decididamente anticientífica. "Establecer los hechos; aplicar los hechos establecidos. Pero qué es lo que hemos de entender por "hechos"? . . . No tardaremos en darnos cuenta que para la mayoría de los que hablan así, los hechos históricos son datos "dados". Demasiado crudo. Tales gentes rehusan considerar que en la realidad son ellas mismas las que construyen los hechos sin siquiera percatarse. . . Mantienen un supersticioso respeto por los hechos, una especie de

fetichismo concerniente a los hechos, lo que, en verdad, es un extraño y grotesco anacronismo" (19). Para los Analistas, "Si no hay teoría, no hay historia". Y si no fuera así, no valdría la pena escribir historia. En otras palabras esta actividad intelectual "vale la pena cultivarla en la medida que nos promete, no simplemente una enumeración dislocada sino un análisis racional y una acumulación progresiva de conocimientos". (20) Así que, la historia es una ciencia y, puesto que su objeto no es el individuo, sino las actividades de los hombres como entes inmersos en la sociedad, la historia es una ciencia social. Claro, así como se nos presenta, es una ciencia social en plena infancia. Pero, basándose en la premisa de que el proceso histórico es estructurado y puede ser aprehendido racionalmente, el historiador está ahora forjando los conceptos y métodos necesarios para un análisis racional esto es — científico.

Por último, los Analistas acusan a la escuela rankeana de utilizar un concepto unilineal y superficial del tiempo. "Una batalla, una reunión de hombres de estado, un discurso importante, un documento vital, son instantáneas de la historia". (21) ¡Una serie de eventos que, cual cuentas, son ensartadas por la hebra del tiempo político. Desafortunadamente este concepto del tiempo no nos ayuda a comprender el proceso histórico. "Yo he guardado el recuerdo de una noche, cerca de Bahía, donde fui envuelto por un fuego artificial de lucidez fosforescente; sus pálidas luces resplandecían, se extinguían y volvían a brillar, sin perforar la noche con claridades auténticas. Así los eventos: más allá de sus propios destellos la obscuridad se impone victoriosa" (22). Para los Analistas, el historiador debe descubrir y utilizar otras dimensiones del tiempo histórico. Una economía nunca es estática, cambia a un ritmo muy peculiar suyo. Lo mismo puede decirse de sistemas sociales y otros aspectos de la realidad social. ¡Sólo cuando el historiador utiliza un concepto multilineal del tiempo puede echar luz sobre el proceso histórico como un todo.

Así, de la denuncia de la vieja concepción de la historia, podemos formarnos una idea de las características de una nueva. Para los Analistas la historia es una investigación cuyo objeto es explicar las actividades de los hombres en grupos o sociedades, como éstas se manifiestan en el elemento temporal. Por eso escribió Marco Bloch: "historia es la ciencia de los hombres en el tiempo". (23)

Continuando con nuestra caracterización del programa revolucionario promulgado por los Analistas, nos corresponde ahora enfocar sus ideas en cuanto al método. A este respecto ellos han acuñado las nociones de "histo-

ria problema" e "historia total". De acuerdo con ellas una auténtica investigación histórica no comienza ni con el encuentro de documentos inéditos, ni con la determinación de una unidad de espacio en un determinado período. Comienza realmente cuando el historiador plantea un interrogante que puede ser objeto de una investigación empírica. "El marco de la investigación es el problema, seleccionado con cabal independencia y responsabilidad intelectual, dejando a un lado todos aquellos proyectos, tan cómodos como tentadores, que conllevan como un dividendo la venia de la universidad". (24) "Historia problema", entonces, requiere no solamente de interrogantes bien planteados sino de interrogantes que hayan sido seleccionados en razón de su significación intelectual. Una historia que no siga esta estrategia de investigación está condenada a caer en lo trivial.

La noción "historia total" es una función de la de "historia problema". Una vez que el historiador ha formulado claramente su pregunta, puede determinar qué unidades de espacio y de tiempo, qué aspectos del proceso histórico (económico, social, cultural, etc.) son indispensables para resolver la incógnita. A este propósito es imperativo que el historiador lance su red lo más lejos posible, porque cuando un problema no es abordado en su más amplio contexto, en la totalidad de lo social, se corre el riesgo de resolverlo parcial o unilateralmente.

En cuanto al método propiamente dicho, los Analistas han sido grandes defensores del estudio interdisciplinario. J. H. Hexter, un distinguido historiador americano, refiriéndose a dos nociones que todavía están vigentes en su país escribe: "la primera reina entre los historiadores americanos: los estudios interdisciplinarios no son provechosos en las ciencias sociales. La segunda es muy difundida entre los científicos sociales que se dedican a estudios interdisciplinarios: la historia no tiene sitio en tales estudios" (25). A continuación añade que en Francia estas nociones son inconcebibles gracias a la teoría y la práctica de los Analistas. En efecto, consecuentes con el concepto unitario de la historia, estos estudiosos se han dedicado desde el principio a transformar el viejo método disciplinario del historiador del siglo XIX en uno interdisciplinario. Si nada es ajeno a la historia dentro del mundo social, si ella se propone captarlo en su compleja totalidad, entonces, esta tiene necesidad de un método que pueda aprovecharse libremente de los conceptos, técnicas y hallazgos de todas las ciencias humanas. ¿Significa esto que la historia como disciplina se disuelve en, digamos, sociología, economía y todas las demás ciencias sociales?. La respuesta es "no", porque el Analista, como ya lo hemos visto brevemente y como lo veremos en algún detalle más adelan-



te, da siempre prioridad, en su teoría y en su práctica, a las categorías del tiempo histórico. "la atmósfera en la cual la mente del historiador respira libremente —ha escrito Bloch— es la provista por la categoría del tiempo". (26)

Además de insistir en la necesidad de atraer a la geografía, economía, sociología, antropología, etc., al amplio torrente de la historia, los Analistas han insistido, al mismo tiempo, en preservar las conquistas hechas por pasadas generaciones de historiadores. Más concretamente, aquella parte que para los Analistas permanece válida en la síntesis Rankeana es el método crítico de las fuentes primarias. La historia nada puede hacer sin reglas para determinar las fuentes auténticas y creíbles. Sin embargo la historia puede existir y debe existir sin "idealismo histórico". ¿Cuál era la falla de la interpretación idealista de la historia? La dificultad para el historiador francés estaba en que, esta asignaba arbitrariamente primacía al rol del espíritu en los asuntos humanos. Todavía peor, desde la perspectiva de mediados del siglo XX, la interpretación idealista resultaba ser una expresión de ideología burguesa más que un instrumento de investigación científica.

Si de la escuela rankeana los Analistas aprovecharon el rigor en el análisis de las fuentes, de la historia marxista recibieron ideas pivotaes que les sirvieron para edificar una vez más una teoría de la historia. Como anotamos en páginas anteriores, la historiografía marxista comenzó a organizarse a fines del siglo XIX. Pero no se plasmó en una escuela definida. Más bien, se fraccionó en varias corrientes más o menos influenciadas por el revisionismo de Bernstein. Así comenzó a tomar cuerpo, paralelamente a un marxismo auténtico, otro diluido, al que un autor inglés ha llamado hace poco, marxismo vulgar. (27) Estas dos corrientes, han tenido una gran influencia en la historiografía del mundo contemporáneo. En lo que se refiere a Francia, bien que sus historiadores marxistas de comienzo de siglo no pueden ser calificados de "ortodoxos", tampoco merecen reparar el calificativo de "vulgares". Juarez y Mathiez, al estudiar la Revolución Francesa desde un punto de vista económico y social, plantearon un problema de interpretación que tuvo repercusiones fecundas. Pues, al no tener ninguno de estos autores el carisma intelectual para formar escuela, sus enseñanzas fueron aprovechadas y encauzadas en otra dirección por Bloch y Febvre, dos historiadores que poseyeron esta cualidad en sumo grado.

Pero si el determinismo económico fue descartado, no lo fue la concepción que ponía la vida material en el primer piso del proceso histórico. Jus-

tamente este es el punto de partida del historiador Analista. Convencido que sin teoría el historiador vagabundea ciegamente entre la enorme masa de los hechos, los Analistas se propusieron utilizar los elementos del modelo marxista y estudiar en él relaciones hasta entonces inexploradas, la interdependencia de los niveles, por ejemplo. Más todavía, convencidos que la única manera de captar el devenir de lo social era por intermedio de categorías temporales, se propusieron elaborar un nuevo modelo fundamentado en ellas.

El historiador del siglo XIX había derivado su concepto de tiempo histórico del ritmo de la vida política y diplomática en la cual se había inmerso. El historiador Analista deriva el suyo del ritmo de la vida de las sociedades. Pero las sociedades no tienen un ritmo único. Las economías tienen sus altos y bajos. Las estructuras demográficas se expanden y contraen. Los paisajes naturales y culturales se mueven imperceptiblemente, pero se mueven. Es en la superficie de este mundo en movimiento lenta que hemos de encontrar el tiempo febril de la política. Ahora bien, todos estos ritmos pueden ser estudiados y clasificados y, si esto se hace se encontrará, por lo menos, tres tipos de ritmos, o mejor dicho de ondas. Hay ondas de larga duración que surgen, se desarrollan y desaparecen en siglos. Estas se llaman "estructuras" y no son percibidas por los hombres. Por ejemplo, desde el alto Medioevo hasta fines del siglo XVI el Mediterráneo fue una unidad natural y cultural. Esta unidad condicionó la historia de las sociedades mediterráneas en mil maneras sin que los hombres, en cuanto individuos, fueran conscientes de su impacto. También hay ondas de media duración. Estas tienen contornos más definidos pueden ser delimitadas entre fechas y son generalmente captadas por los hombres: se llaman "coyunturas". La onda de media duración marca la historia de sistemas y grupos sociales: por ejemplo el auge de la economía europea en el siglo XVI, su depresión en el XVII. Por fin, hay ondas cortas, formalmente conocidas como "eventos", y que en ningún caso son verdaderamente ondas, sino puntos en el tiempo. Ellas forman parte de nuestra conciencia inmediata, de nuestro quehacer diario, y ellas fueron la preocupación exclusiva de los historiadores del siglo XIX. Para el Analista la gran empresa del historiador del siglo XX es identificar, estudiar y formular la dialéctica que se cumple entre "estructuras", "coyunturas" y "eventos".

Qué se ha hecho en este sentido hasta el momento? En realidad relativamente poco. Lo único que existe es un bosquejo en términos muy generales, que combina "estructuras", "coyunturas" y "eventos" en un orden jerárquico. Dentro de este orden, las ondas de larga duración explican las de-

más "Así contemplando a los hombres —escribió F. Braudel en 1949— yo no puedo contener la tentación de verles como inmersos en un destino que apenas lo forjaron, en un paisaje que presenta delante y detrás de ellos las perspectivas infinitas de la onda de larga duración. En la explicación histórica, como la concibo yo, es siempre la onda de larga duración la que termina imponiéndose. . . limita la libertad de los hombres y hasta la incidencia de lo imprevisto. Por temperamento soy un estructuralista poco atraído por los eventos y sólo en parte por las coyunturas. . ." (28)

Pero si queremos una formulación más precisa de la dinámica de este modelo, pronto nos damos cuenta que no existe. El hecho es que los Analistas hasta el presente no han avanzado mucho en la elaboración de su modelo interpretativo. Sospecho que esto se debe a una debilidad en su manera de pensar. Refiriéndose a *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, la primera obra en la cual el modelo arriba mencionado fue expuesto en detalle, Febvre se expresó en la forma siguiente: "es un plan a la vez audaz y sencillo, sin alharacas ni pedanterías, sin declaraciones rimbombantes o profesiones defensivas de fe —el libro es un manifiesto, un estandarte. Y no he de vacilar en declararlo, una obra maestra. El autor no puede ser acusado de filosofar, lo cual en los labios de un historiador significa, no nos engañemos, el crimen capital. . ." (29) En algún otro lugar el mismo Febvre ha escrito: "nunca se puede ser con fórmulas lo suficientemente cuidadoso porque son instrumentos difíciles que no siempre podemos controlar". (30). Así parecería que el Analista deliberadamente se ha refrenado de elaborar y refinar sus instrumentos conceptuales.

En nuestra opinión, esta no es una razón para abandonar la empresa crucial de depurar las construcciones conceptuales que utiliza el historiador, particularmente aquellas, como es el caso de un modelo, cuya función es organizar en una nueva síntesis la acumulación de conocimientos históricos que hemos logrado en este siglo. Si no hacemos esto la calidad del pensamiento y práctica históricos afrontará eventualmente una nueva crisis y el historiador comenzará una vez más a deambular como un sonámbulo en un mar sin fin de hechos. A pesar de esta sorprendente falla, el esquema Analista, tal como se nos ha presentado, ha sido utilizado en trabajos de investigación histórica que, sin duda alguna, tanto en términos de calidad como de cantidad, es la más impresionante en el mundo.

## B. La Escuela Francesa: La Institucionalización de la "Nueva Historia"

Las ideas que hemos acabado de esbozar tuvieron que afrontar una fuerte resistencia en los años treinta. Habían sido lanzadas desde una universidad provincial, la universidad de Estrasburgo, contra el baluarte de la historia rankeana, La Sorbona. A buen seguro que París no iba a inclinarse ante las provincias. No obstante, tal fue el entusiasmo y laboriosidad de los revolucionarios que a mediados de los años 30, gracias a libros de primer orden, tanto Febvre como Bloch, no sin dificultades por cierto, lograron conseguir nombramientos en el Colegio de Francia y en La Sorbona, respectivamente.(31)

El arma más importante usada por los rebeldes durante estos primeros años fue **Annales d'histoire économique et social**, la publicación que Febvre y Bloch habían iniciado en 1929. Consecuente con su plataforma, abrió sus páginas a "resultados" desde el primer momento. ¡Y qué excelente colección de artículos publicó durante su primera década! Con el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial cesó de aparecer. Para entonces, sin embargo, ya se había asegurado una robusta y fiel audiencia. Después de la guerra, la publicación reapareció con otro nombre. Esta vez se llamó **Annales: Economies, sociétés, civilisations**. Pero aunque su prestigio continuó creciendo, cesó de ser el arma principal de lo que, ya para ese entonces, vino a ser la escuela "Analista". En 1947 una nueva sección la Sexta, se organizó en la célebre Ecole Pratique des Hautes Etudes de París con el propósito de conducir investigaciones en el campo de las ciencias sociales. Para dirigir esta nueva empresa se eligió nada menos que a Lucien Febvre, el líder de los Analistas, un intelectual que se sentía igualmente a gusto en varias ciencias sociales y un maestro reconocido del método interdisciplinario. De este modo los Analistas tomaron un punto estratégico desde el cual lanzaron el ataque final contra el bastión de la historia tradicional. Obviamente consciente de que ésta era una oportunidad ideal para establecer una vez por todas su tipo de historia, Febvre se propuso convertir el organismo bajo su dirección en un centro de enseñanza y de investigación, en el cual entronizó el método interdisciplinario. Los resultados no se dejaron esperar: graduados en historia con entrenamiento en las ciencias sociales; graduados en ciencias sociales con entrenamiento en historia y, lo más importante de todo, un aluvión de libros y de artículos proclamando una nueva historia a través de la práctica.

No contento con esto y convencido de que la historia como ciencia social podía beneficiarse de un laboratorio de investigación, Febvre procedió a

organizar el Centro de Investigaciones Históricas y a conseguir, a través de él, donaciones del Centro Nacional de Investigación Científica. Febvre completó su campaña en favor de la nueva historia al obtener que el Servicio de Edición y Venta de Publicaciones de la Educación Nacional (S.E.V.P.E.N.), una agencia gubernamental, se hiciera responsable de la publicación de la mayor parte de la producción histórica que desde el principio fluyó de la Sexta Sección en proporciones industriales.

La combinación de **Annales**, Sexta Sección, Centro de Investigaciones Históricas y S.E.V.P.E.N. resultó demasiado para los historiadores oficiales franceses. En cuanto la Sexta Sección comenzó a localizar a sus egresados en lugares estratégicos, la guardia vieja simplemente abandonó el campo al vencedor. Es en los años 50 que la "nueva historia" tomó los controles del poder.

En 1956 murió Febvre y con su desaparición terminó una época. Un brillante historiador y un líder intelectual agresivo, él había sido la persona indicada para comandar el ataque contra la "vieja historia". Sin embargo, después que la victoria estuvo asegurada, ya no hizo falta un estratega sino más bien un administrador. Por una afortunada coincidencia tales cualidades estuvieron presentes en F. Braudel, el heredero de Febvre. Braudel se había convertido a la "nueva historia" cuando estudiante, a mediados de los años treinta. Después de quince años de ininterrumpido trabajo terminó su disertación doctoral, la misma que fue publicada en 1949. **La Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II** fue inmediatamente reconocida como una obra revolucionaria. Como ya lo hemos visto anteriormente, fue en esa obra que el paradigma de la historia que es ahora el distintivo de los Analistas fue propuesto por primera vez. A la muerte de Febvre, Braudel fue elegido para tomar la dirección de la revista **Annales** como también la dirección de la Sexta Sección de la Ecole Pratique. De este momento data la transformación de los Analistas, de una minoría belicosa a la escuela histórica dominante de Francia y del mundo entero.

Durante los años 60, afrontando un creciente volumen de producción histórica, Braudel primero dobló y luego triplicó las dimensiones de **Annales**. Al mismo tiempo, a fin de satisfacer la anorme demanda de instrucción por parte de estudiantes graduados franceses y extranjeros, él aumentó espectacularmente el número de los cursos de la Sexta Sección. En 1956, por ejemplo, el año que Braudel se hizo cargo, la Sexta Sección tenía 56 seminarios. En 1972 esa cifra ascendió a 142. Igualmente importante ha sido la reorganización que Braudel impartió al Centro de Investigaciones Históricas.

Hasta 1956 la producción de esta institución había estado, en su mayor parte, en manos de investigadores que trabajaban en proyectos individuales. Es con Braudel que una idea que surgió con la práctica del método interdisciplinario cobró finalmente concreción: el trabajo en equipo. En efecto él es responsable de la formación de numerosos equipos de investigación interdisciplinaria. Uno de ellos, compuesto de varios especialistas, trabajan en un proyecto que, usando como fuente el "catastro" Florentino de 1427, se propone reconstituir 80.000 familias que vivieron al comienzo del siglo XV. Otro equipo está utilizando el "registro de conscripción" de las tropas del período de la Revolución Francesa y cuando este proyecto se haya completado, proveerá información sobre "un millón de soldados sociológicamente definidos". Hay otros proyectos de este tipo, pero lo dicho bastará como ilustración. Finalmente, Braudel ha mantenido a la S.E.V.P.E.N. extremadamente ocupada. Antes de 1956 los Analistas sometían para publicación un promedio de cinco obras por año; desde entonces ese promedio se ha elevado a diez.

Incuestionablemente, bajo Braudel la escuela Analista se ha convertido en una de las instituciones intelectuales más poderosas de Francia. El hecho muy notable es que hasta la presente este poder no ha generado una nueva ortodoxia. Quizás es muy temprano. Aunque por otro lado, mientras los Analistas mantengan su apetito de aprender de los demás es muy difícil que se vuelvan dogmáticos. Sin lugar a dudas esta apertura mental es una de las razones fundamentales por la que esta escuela se ha ganado tantísimos adeptos dentro y fuera de Francia. Entre ellos figura una nueva generación de historiadores marxistas en Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Europa Oriental, quienes reconocen haberse desarrollado y ser cultores de un marxismo abierto gracias al contacto con los Analistas. "El celo ecuménico con el que los sucesores de Lucien Febvre prestan atención a todo punto de vista, sea revolucionario o meramente innovador, tiene la consecuencia de absorber inmediatamente toda innovación dentro de la corriente dominante". (32) En 1968, afirmando seguir la tradición de *Annales*, F. Braudel entregó de su espontánea voluntad la dirección de la institución a tres jóvenes: Jacques Le Goff, un medievalista, Emmanuel Le Roy Ladurie, un modernista, y Marc Ferro, un especialista en la historia rusa. "Algunas veces he tenido fuertes divergencias con ellos, ha escrito Braudel recientemente, pero gracias a ellos, la vieja mansión se ha convertido una vez más en una casa de juventud". (33)

Lo que Alemania fue para la historia en el siglo XIX, ha sido Francia en el siglo XX. Son los alemanes los que estructuraron un concepto equilibrado

de la historia como disciplina, en respuesta a la crisis del siglo XVII. Son los franceses los que han hecho un esfuerzo similar en nuestro tiempo, como reacción a la crisis del último cuarto del siglo XIX. La realización alemana ha sido llamada una revolución en el pensamiento histórico y así se lo ha denominado a la francesa. Cuáles son los rasgos que distinguen a la segunda revolución del pensamiento histórico? Una manera de responder a esta pregunta es señalando algunas de las implicaciones del método que distingue a la escuela Analista, el método interdisciplinario.

Claramente, el uso sistemático de este método ha revolucionado la escritura de la historia en diversas formas. En primer lugar, permitió a los historiadores adquirir una considerable independencia del documento escrito. "La Historia se confecciona sobre la base de documentos escritos, caso de haberlos. Pero se puede y se debe confeccionarla aún sin ellos".(34) Es en este caso cuando el método interdisciplinario es indispensable para el historiador. "Palabras, símbolos, paisajes, títulos, los trazados de los campos, la vegetación silvestre, los eclipses de luna, los arneses de cabalgas, los análisis de las piedras por los geólogos y de las armas metálicas por los químicos, en una palabra, todo aquello que, perteneciendo al hombre, le expresa y atestigua su presencia. ¿Acaso no consiste una parte de nuestro trabajo, probablemente la más fascinante, en... hacer hablar a las cosas, en hacerlas revelar secretos sobre los hombres o sobre las sociedades que las produjeron, elaborando el sistema de relaciones recíprocas que las une y que suple la ausencia del documento escrito?".(35)

En segundo lugar, el método interdisciplinario ha permitido al Analista, mucho antes que a los cliometristas americanos, romper la barrera cualitativa y hacer un primer esfuerzo para cuantificar la historia. En los años treinta los primeros Analistas tomaron en préstamo de un economista, F. Simiand, y de un historiador económico, F. Labrousse, un análisis estadístico que, en una forma más refinada, está al momento siendo utilizado para medir todo cuanto es medible en la historia: precios, rentas, salarios, población, nacimientos, defunciones, etc. Al comienzo este trabajo se hizo fuera del marco de la teoría de las ciencias sociales, pero durante los últimos 20 años, el historiador Analista ha aprendido a valerse más y más de ella. Además la cuantificación, que al comienzo fue utilizada exclusivamente para estudiar manifestaciones de la vida económica, se utiliza ahora en el análisis de otros aspectos del proceso histórico, como, por ejemplo, el de mentalidades. Una ilustración de esto sería el *Livre et société au XVIII<sup>e</sup> siècle*, de F. Furet, que es el

fruto de un análisis estadístico de la producción y distribución de impresos en la Francia del siglo de las luces.

En tercer lugar, el método interdisciplinario es en gran parte responsable de la predisposición que siente el historiador Analista por "la grande histoire". El lector recordará cómo se había vuelto costumbre, para los historiadores de fines del siglo XIX, preocuparse exclusivamente de trivialidades, como por ejemplo, "La política de Francisco II hacia Mantua en la Tercera Guerra Italiana". Pero este tipo de historia dejó de ser factible una vez que el historiador se apropió del método interdisciplinario. Cuando Bloch comenzó a interesarse por los estudios del Medioevo en la década de 1920, los encontró moribundos. Cuando eventualmente los abandonó en 1944, estos nunca habían estado tan florecientes. El secreto? Su habilidad para captar la sociedad feudal como un todo, algo que a su vez dependió de sus vastos conocimientos de la Geografía, la Sociología y la Economía. En verdad, fue el método comparativo que le permitió, en su *Sociedad Feudal*, no solamente identificar los rasgos típicos de la sociedad medieval, sino también indicar ciertos rasgos comunes en el feudalismo europeo y japonés, algo que le condujo a sugerir que la sociedad feudal es un tipo de sociedad que tiene carácter universal.

Otra característica de la praxis Analista que está relacionada con el método interdisciplinario es lo que se llama "histoire raisonnée". La forma de la historia política y diplomática del siglo XIX había sido la narrativa, "histoire récit". Este fue un estilo adecuado para relatar una secuencia de eventos nítidamente arreglados en orden cronológico. Los datos de la nueva historia, al contrario, aunque no completamente divorciados de un marco cronológico, se arreglan de acuerdo a tópicos y argumentos. Y no podría ser de otra manera, en un tipo de historia que comienza por plantearse un problema y aspira a terminar resolviéndolo. Naturalmente, el estilo adecuado para esta historia no es el narrativo, sino el analítico, o como hemos dicho antes, "histoire raisonnée". Esto no quiere decir que los Analistas no den importancia a su obligación de escribir bien. Al contrario, aprovechando el carácter argumentativo de su historia, Bloch, Febvre, Braudel, han escrito en una forma extremadamente ágil y cautivante.

El último punto que deseo exponer, para demostrar el impacto del método interdisciplinario en la escritura de la historia estilo siglo XX y que la diferencia de aquella del siglo XIX, es que, mientras en el siglo pasado la unidad productora fue el actor individual esa unidad en el presente es un equipo dirigido por un jefe de investigación. "Hace una o dos generaciones el historiador



era un digno señor sentado en un sillón al frente de su index tarjetero que estaba estrictamente reservado para uso personal y celosamente protegido contra rivales envidiosos como un cofre en una caja de seguridad. Estos señores han desaparecido dando vía libre al director de investigación alerta y flexible que, habiendo recibido una amplia educación, habiendo sido entrenado para buscar en la historia materiales que puedan servir para encontrar solución a los grandes problemas de la vida que las sociedades confrontan diariamente, será capaz de planear cualquier investigación, de formular problemas que son problemas, de dirigir a sus investigadores a las fuentes precisas de información, y, habiendo hecho todo esto, de estimar la financiación de cada proyecto, de controlar la rotación del equipo, de establecer el número de cada grupo de trabajo y, finalmente, de lanzar a sus investigadores en la búsqueda de lo desconocido". (36) Una vez más, esta forma de producción histórica, que es lo que caracteriza la nueva historia, está íntimamente relacionada con el método interdisciplinario. Consecuente con su cometido de escribir "la grande histoire", el historiador de hoy plantea interrogantes que abarcan inmensas unidades de tiempo y/o vastos espacios. Más aun, sus preguntas son complejas y, consecuentemente, hay necesidad de penetrar en varios aspectos de la realidad histórica. Puede un hombre sólo ser versado en todas estas dimensiones a la vez? Imposible. De aquí la necesidad de agrupar a especialistas de diferentes épocas, regiones y disciplinas: es decir la necesidad de un equipo de trabajo.

Estas son, entonces, las formas principales en las que la escritura de la historia en 1976 difiere de la historia escrita cien años antes. Estimamos que la distancia entre las dos suma toda una revolución.

Ningún estudio de la escuela Analista puede omitir referencia a la manera como estos estudiosos han relacionado su trabajo con el mundo de hoy. Como se ha dicho, Febvre y Bloch se encontraron en la Universidad de Estrasburgo en 1920. En aquel entonces esta universidad era uno de los centros del Movimiento Reformista Educacional, un movimiento que surgió en Francia después de la Primera Guerra Mundial y que fue muy influyente en los años 20 y 30. Para los intelectuales de este movimiento, tal como la Revolución Francesa había anunciado el triunfo de la burguesía, la Primera Guerra Mundial marcó el momento inicial de su derrumbamiento definitivo. En consecuencia, la hora de las masas había llegado. Pero estas no estaban preparadas para afrontar su responsabilidad histórica. En vista de esta situación la tarea del intelectual era prepararlas y preparar al país entero para un futuro en el cual el destino de Francia estaría en las manos del pueblo. ¿Cómo lograrlas?

to? A través de una completa reforma del sistema educacional. Era necesario echar a un lado el intelectualismo predominante y entronizar en su lugar el desarrollo total del hombre "cuerpo, voluntad y mente". Era también indispensable frenar el excesivo individualismo del pueblo francés y cultivar en ellos un "sentido social". Finalmente, era fundamental dismantelar un sistema educacional que había sido la reserva de la burguesía y crear uno nuevo que cubriría las necesidades del hombre común.

Fueron Febvre y Bloch sensibles a estas ideas? Sabemos que simpatizaron con el Movimiento Reformista Educacional. Además, no es difícil encontrar en los pronunciamientos Analistas una relación muy estrecha con él. Desde su juventud Bloch y Febvre denunciaron el intelectualismo estéril de los Sorbonistas y se burlaron de su tendencia a ver en la historia nada más que los hechos de los grandes hombres. En su lugar ellos defendieron una "historia viva", una "historia integral". Para ellos el verdadero objeto de la historia no era el individuo concebido como la quinta esencia de una colectividad, sino la colectividad misma. Finalmente la función social del historiador era enfocar "los grandes problemas de la vida que las sociedades tienen que afrontar diariamente. . ."

Pero las acciones pueden ser más elocuentes que las palabras. Sabemos que Febvre escogió el siglo XVI como la época de su especialización profesional porque fue en ese entonces que la burguesía francesa, esa clase que al momento estaba empezando a perder control sobre la vida de su país, había dado su primer paso hacia la hegemonía. En cuanto a Bloch, él dedicó su vida al estudio de la Francia rural en el período medieval y lo hizo, como Febvre, con el afán de comprender el siglo XX. Si las clases bajas estaban destinadas a tomar eventualmente el destino del país, era fundamental comprender al campesinado. Desde la perspectiva de la historia de larga duración, esto significaba comprender a la sociedad medieval. No es ninguna coincidencia, entonces, que en muchas de sus obras sobre la Edad Media, Bloch conscientemente examinase la historia desde el punto de vista del campesino.

De todo esto se desprende que para los Analistas no hay un corte decisivo entre el pasado y el presente. Y es de este presupuesto que se puede dilucidar por lo menos dos maneras como esta historia se relaciona con el mundo de hoy. Una de ellas, le envía al historiador al pasado con la doble misión de comprenderlo como pasado y como presente. La otra le lleva a despojar a los grandes héroes de su importancia y a conferir el rol de agente histórico por

exceciencia a los grupos, clases y sociedades. Mientras la primera le permite al historiador contribuir a la comprensión del presente y por lo tanto al esfuerzo que viene siendo realizado por los científicos sociales para controlar y dirigir nuestro destino colectivo; la segunda le permite caracterizar la verdadera naturaleza del agente histórico, de la entidad que en definitiva forjará el futuro.

## **TERCERA PARTE. LA PROBLEMÁTICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES LATINOAMERICANAS Y LA "NUEVA HISTORIA"**

### **A. El Problema**

Comenzamos este ensayo haciendo referencia al rechazo que la historia, como disciplina, ha sufrido en este siglo, no sólo en los países desarrollados sino también en los subdesarrollados, entre ellos el nuestro. También dijimos, y a continuación tratamos de demostrar, que irónicamente esta actitud se había generalizado precisamente cuando el historiador había logrado conquistas de importancia en su material, conquistas que, a su vez, podrían contribuir a una mejor comprensión de los problemas vitales del hombre del siglo XX. En lo que nos queda de este ensayo queremos esbozar la manera cómo la nueva historia puede ser de particular utilidad al hombre latinoamericano y por lo tanto al ecuatoriano.

La gran depresión de los años 30 cambió en forma radical la concepción que los latinoamericanos tenían de los problemas vitales de sus respectivos países y de la región en general. Desde la Independencia hasta fines del siglo XIX habían vivido preocupados con las grandes dificultades que habían tenido en la organización política, económica y social de sus respectivas naciones. Cuando, al fin, entraron en un período de auge económico y orden relativo, período que se extendió más o menos desde la década de 1880 hasta la de 1920, se convencieron que las doctrinas liberales, que habían llegado a sus oídos a comienzos del siglo XIX y que vieron al principio con desconfianza, tenían mucho de verdad. Para progresar, tanto en la esfera económica como en la política, bastaba poner en práctica principios liberales y permitir que el libre cambio siga su curso sin interferencias de ninguna clase. Todo parecía andar sobre ruedas cuando la gran crisis de 1929 desmanteló para siempre esta confianza. Debido a los años excepcionales de la Segunda Guerra Mundial, esta actitud se generalizó lentamente. Ya para fines de la década del 40, sin em-

bargo, no se buscaba más la salud económica, política y social en el libre juego de las fuerzas sociales. El problema se había cristalizado: para asegurar su futuro los latinoamericanos debían, de ahora en adelante, abandonar la actitud de un mero observador y convertirse en agentes capaces de controlar y dirigir, en beneficio de la colectividad, el devenir de las sociedades latinoamericanas.

Los primeros intelectuales en expresar y, en algunos casos, en prever el cambio de actitud que acabamos de describir fueron los historiadores. Tal es el caso de los cubanos Ramiro Guerra y Sánchez y Fernando Ortiz antes de la Segunda Guerra Mundial, y el de Sergio Bagú inmediatamente después de ella. (37). Pero estos trabajos no tuvieron el impacto que sus cualidades debieron aportarles. Dos razones importantes para esto fueron, en primer lugar, el hecho de que el latinoamericano después de la gran crisis comenzó a percibir el presente como desconectado del pasado y, en segundo lugar, el hecho de que, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, la juventud latinoamericana redescubrió las ciencias sociales, ciencias que les pareció hechas a propósito para resolver los problemas que la gran crisis les había planteado. (38).

Las razones que explican la indiferencia hacia la historia, explican también una renovación que tuvo lugar en un gran número de universidades latinoamericanas en los años 50. Una nueva promoción docente y estudiantil, cada vez más consciente de las consecuencias a largo término desatadas por la gran crisis y cada vez más desilusionada de la manera cómo se enseñaba las ciencias sociales en América Latina, volcó su atención hacia el exterior, especialmente los países anglosajones, donde estas ciencias habían adquirido gran prestigio. Inspirados por lo que vieron, abandonaron la tradición jurídico-retórica típica de las universidades latinoamericanas y se dedicaron a organizar escuelas de economía, sociología y ciencias sociales, las que, aunque muchas veces formalmente relegadas a las facultades de Jurisprudencia, comenzaron a actuar con creciente autonomía. Uno de estos actos fue precisamente el de poner a un lado formulaciones retóricas que sobre la problemática latinoamericana se habían hecho en los años 20 y 30 y el de buscar una mejor comprensión de esta problemática a través de análisis, métodos y técnicas, al parecer rigurosamente científicos. En este estado de cosas fue natural que se importara a la América Latina el último producto de los científicos sociales anglosajones: la teoría del desarrollo.

Examinadas las varias versiones de esta teoría, las novedades que ésta teoría involucra resultaron ser las siguientes. En primer lugar, se dividía al

mundo en dos grupos de naciones: al uno pertenecían los países industrializados, llamados también "modernos"; y al otro, los no industrializados, llamados también "tradicionales". Entre estos últimos, claro está, figuraban los latinoamericanos. Los primeros fueron caracterizados como sociedades que tenían en sí la capacidad de progresar económica y socialmente en forma indefinida. No así los segundos, que, por debilidades inherentes a su naturaleza, estaban condenados, a pesar de ocasionales períodos de auge, a un estado de estancamiento permanente. La segunda novedad de la nueva teoría se refería a la naturaleza de las debilidades que afligían a los países no industrializados. El problema con estos era que no disponían de todos aquellos elementos que sostenían y alimentaban la vida económica y social de los países industrializados. Por fin, habiendo diagnosticado la enfermedad, la teoría del desarrollo ofrecía como cura programas cuyo fin era el de proveer a los países no industrializados de lo necesario para enrumbarles en el camino del desarrollo autosuficiente.

Este esquema, que pronto fue apodado de "dualista", fue inmediatamente aplicado a la realidad latinoamericana. Así comenzó un período de investigación empírica que tuvo su apogeo en los años 50. Pero a la par que comenzaron a publicarse los resultados de este esfuerzo, surgieron dudas y críticas, sobre todo en la mente de una nueva generación de marxistas latinoamericanos. En efecto, fueron ellos a sacar a luz defectos fundamentales en la posición dualista y a plantear problemas para la solución de los cuales eventualmente se necesitará el concurso del historiador moderno. (39).

Según los críticos marxistas, los dos defectos más nocivos de los dualistas eran un estrecho disciplinamiento y una actitud radicalmente antihistórica. En lo que se refiere al primer problema, los marxistas acusaron a los dualistas de una actitud exageradamente cientifista. Estaba bien repudiar la retórica de antaño, pero el dualista, emulando al científico anglosajón, se había ido al extremo opuesto. En sus investigaciones, por ejemplo, había observado una división de trabajo muy rígida: economistas, sociólogos, antropólogos, cada uno por su cuenta. Por otro lado, había confiado demasiado en sus modelos teóricos y había hecho exhibición de conceptos formales. Todo esto significa para el marxista no comprender lo que es el subdesarrollo, un fenómeno complejo que para él tiene que ser, en primer lugar, abordado globalmente y, en segundo lugar, estudiado en contextos concretos. Tanto para lo uno como para lo otro, es indispensable salir de los confines de la disciplina propia en busca del aporte que pueden dar las otras.

Otra falla fundamental del científico social dualista, según la crítica marxista, es su actitud antihistórica. Para él, que hace alarde de rigor científico, la historia es una disciplina que se debate bajo el yugo de la retórica y de la ideología, y como tal no le interesa. Sin embargo, la interpretación dualista de la problemática latinoamericana presupone toda una serie de interpretaciones históricas. Una de ellas divide la historia universal en dos momentos: antes y después del nacimiento de la dinámica que dará por resultado la "modernidad". Otra interpreta la expansión de la Europa industrial a todo el planeta como la historia de la difusión de lo "moderno" en el mundo entero. Todavía otra niega que los países subdesarrollados hayan tenido historia, pues tiempo histórico implica cambio, desarrollo. Sin lugar a dudas, el científico social marxista tiene razón en acusar al dualista de no haber sido fiel a su formalismo ahistórico de haber hecho uso de la historia en forma arbitraria.

Pasando de la crítica a una contribución positiva, lo que ofrece el científico social marxista, aun siendo importante, es menos conclusivo. Puesto que los trabajos de estos escritores están frescos en la mente del público intelectual, me limitaré a un ligerísimo esbozo de su contenido. A un esquema dualista, los marxistas contraponen uno monista. Mientras que para los dualistas las sociedades "modernas" y las "tradicionales" son el resultado de procesos históricos diversos, para el monista las sociedades "tradicionales" son el resultado de la interferencia en su devenir histórico por las sociedades desarrolladas. Por lo tanto, es inútil hablar de "dualismo", porque el mundo desarrollado y el subdesarrollado, como causa y efecto, son dos aspectos de un proceso histórico único. Mientras que el dualista concibe el desarrollo como un proceso de imitación que permite a las sociedades "tradicionales" adoptar patrones de vida similares a los de las sociedades "modernas", para los monistas los países pobres no podrán desarrollarse mientras no rompan con estructuras externas e internas que se originaron al entrar en contacto con los países industrializados. Finalmente, mientras que los dualistas mantienen que el mejor medio para promover el cambio social es una política reformista, los monistas no ven otra alternativa que una política revolucionaria.

Durante los últimos diez años el esquema monista ha gozado de un gran ascendiente, sobre todo en círculos universitarios. Teniendo en cuenta la problemática del presente ensayo, cabe preguntar hasta qué punto lograron resolver los dos problemas que ellos identificaron en los trabajos dualistas. En lo que se refiere al primero, al problema del disciplinamiento, los monistas han intentado estudios interdisciplinarios con éxito relativo. Igual cosa puede aseve-

rarse respecto a la tentativa monista de captar la realidad latinoamericana a través de una perspectiva verdaderamente histórica. La producción de uno de los mayores exponentes del monismo, la de G. Frank, revela simultáneamente estas dos limitaciones. Consecuente con su crítica de la posición dualista, Frank no acepta la posibilidad de caracterizar el subdesarrollo dentro de los confines de una disciplina: la economía en este caso y busca el apoyo de la historia. Pero lo consigue a medias, pues impone sobre el material histórico premisas epistemológicas que le son extrañas. Frank utiliza los conceptos "metrópoli-satélite" con el objeto de dilucidar ciertas regularidades de tipo económico: a saber, que los períodos de crecimiento de un país satélite coinciden con el debilitamiento de las relaciones con su metrópoli y, viceversa, que los períodos de estancamiento se producen cuando estas relaciones son estrechas. Todo el material histórico que no se puede verter dentro de estos envases conceptuales son ignorados. Un estudio interdisciplinario mal hecho, por lo tanto, es responsable por la explicación simplista que Frank da respecto a la causa del subdesarrollo.

Lo que hemos dicho demuestra al mismo tiempo que Frank no tiene sensibilidad histórica: en este sentido el contraste con Marx es aleccionador. (40) Quiriendo comprender el rol de la moneda en un sistema económico, Marx no hizo uso de las exposiciones pseudo-históricas que tenía a la mano y que eran un recuento formal de las ventajas del dinero sobre el trueque. A Marx le interesaba comprender el funcionamiento real, y con este fin hizo un análisis minucioso de la variedad de usos de la moneda y del desarrollo de estos usos a través del tiempo. Sólo cuando Marx había llevado a su término esta investigación, se propuso caracterizar en forma abstracta el rol de la moneda. Tomando en cuenta la predilección de los monistas por hacer abstracciones combinando las propiedades comunes de una serie heterogénea de situaciones históricas, se les ha acusado, con justicia, de "formalismo". Más todavía, en vista de esto y notando la contraposición que punto por punto existe entre el esquema dualista y el monista, un crítico del monismo lo ha calificado de "contraideología". (41)

Considerando todo lo dicho hasta el momento, resulta claro que el esfuerzo por comprender la realidad latinoamericana ha comportado las experiencias que, sin dejar de tener sus aspectos positivos, no han tenido el éxito deseado. Esto se ha debido, en definitiva, al formalismo que ha caracterizado ambas experiencias. El dualismo trató de captar el subdesarrollo latinoamericano indirectamente, a través de un esquema formulado por oposición con la sociedad desarrollada. El monismo, mientras tanto, comenzó haciendo

profesión empírica, pero al ponerla en práctica con demasiada premura, fue víctima de otro modelo como también del ardor polémico contra el modelo dualista. En ambos casos el análisis socio-económico no logró acceso a la realidad latinoamericana o lo consiguió en forma muy parcial. Sin embargo, hay que admitir que el monismo constituyó un avance sobre el dualismo: tuvo el mérito de plantear, aunque no de resolver, dos de los requisitos fundamentales para la comprensión de la realidad latinoamericana: la necesidad de un estudio verdaderamente interdisciplinario y el imperativo de un encuadramiento radicalmente histórico. Hoy en día, precisamente, los científicos sociales latinoamericanos están tratando de responder a estos imperativos. Por lo tanto, este es el momento oportuno para que ellos establezcan contacto con el intelectual que, más que ningún otro en este siglo, ha luchado con estos problemas el historiador.

## B. La Contribución del Historiador

Para poder apreciar una posible contribución de parte del historiador tipo Analista para captar lo social en forma global, conviene describir las tentativas principales que se han hecho para unificar las ciencias sociales hasta el momento. Una de ellas ha sido la de buscar una base teórica común. Homans, por ejemplo, mantiene que una ciencia de la conducta humana formularía leyes que constituirían la base de todas las ciencias sociales. La sociología, economía, etc. se limitarían a describir la operación de estas leyes en varios contextos institucionales. Otro ejemplo nos ofrece Lipset. Esta vez se trata de la formulación de una teoría formal, la teoría de sistemas. Puesto que esta teoría es aplicable a todas las ciencias sociales, Lipset ha sugerido que se la adopte con el fin de integrarlas. También se ha hecho un esfuerzo por unificar las ciencias sociales proveyéndolas de una base metodológica común. Varios autores, impresionados con la creciente aplicación de las matemáticas a estas ciencias, creen que este lenguaje formal puede convertirse en un lenguaje de base para los científicos sociales. Por fin, otro esfuerzo por romper barreras disciplinarias ha sido el uso de modelos. Los más utilizados combinan factores disciplinarios con extradisciplinarios, de los cuales los primeros son considerados como variables y los segundos como parámetros del modelo. (42)

Tanto la búsqueda por una base teórica como por una metodología comunes no han tenido éxito. Pues se trata de estrategias universalizantes que necesariamente dejan a un lado las características peculiares de diversas formas de organización social tanto en el espacio como en el tiempo. En lo que



se refiere al uso de modelos, éstos, a primera vista, prometen más, pero cuando se les examina de cerca tampoco resuelven el problema interdisciplinario. Recurriendo a un ejemplo, tenemos el caso de la economía normativa a nivel macroeconómico. En este campo el economista necesariamente tiene que tratar con conceptos que vienen de otras disciplinas. Lo interesante del caso es que por lo menos el economista ortodoxo siempre los incorpora en sus modelos como factor "exógeno". Y este es el problema, porque de esta manera el factor extradisciplinario hace acto de presencia, pero no participa. Esta falta de participación salta a la vista en la manera como los economistas usan el concepto de "gobierno". Para ellos gobierno, factor extradisciplinario, es un organismo "neutral" cuyos objetivos no dependen de la naturaleza del sistema económico que dirige, sino más bien de un concepto de "racionalidad" económico. Para el científico político, mientras tanto, "gobierno" es todo lo contrario. Por lo tanto es el aporte del científico político (factor extradisciplinario) el que ha sido excluido del modelo del economista. El uso de modelos, por consiguiente, por lo menos como han sido utilizados hasta el momento, no ha resuelto la integración de las ciencias sociales.

En esta situación, ¿Cuál podría ser el aporte del historiador Analista? Como ya sabemos, el punto de partida de este historiador es la unidad fundamental de lo social. Por esta razón estaría de acuerdo con Myrdal en pleno cuando este escribe: "en realidad. . . no existen entre los hechos del mundo social ninguna separación que corresponda a nuestra subdivisión tradicional académica de las ciencias sociales en disciplinas separadas. Un análisis realístico de los problemas no puede, en ningún caso, detenerse frente a tales líneas de demarcación. En efecto, desde un punto de vista lógico la distinción entre factores "económicos" y factores "no económicos" es un expediente tan inútil y absurdo que debería ser sustituido por la distinción entre factores "pertinentes" o "no pertinentes", o mejor todavía, entre más "pertinentes" y menos "pertinentes" (43). Tomando como punto de partida este punto de vista, el historiador Analista ha formulado una estrategia de investigación interdisciplinaria cuyos rasgos generales son los siguientes. Consecuente con su concepción de la realidad social, el concepto que dirige su trabajo es el de "totalidad". Para él hay dos tipos de totalidad: la "general" y la "específica". La primera capta la premisa arriba mencionada y es una categoría orientadora que desde el fondo acompaña toda investigación. La segunda es funcional y es indispensable para establecer el límite entre lo "más" y "menos" pertinente. En cuanto al criterio para hacer esta distinción, el Analista depende del concepto de "histoire probleme". Es decir, el territorio intelectual de

una investigación es función directa del problema formulado por el investigador y no de una demarcación disciplinaria. (44)

Todo esto a un nivel general. Pasando ahora a una formulación más concreta y utilizando el ejemplo arriba mencionado concerniente al uso del concepto de "gobierno" por el economista en el campo de la macroeconomía, el historiador Analista sugeriría que para captar lo social en su totalidad es indispensable transformar el factor extradisciplinario (i. e. gobierno) de "exógeno" a "endógeno". Pues solamente cuando el "gobierno" es considerado como lo concibe el científico político o el historiador, como la expresión de intereses de clases en un momento dado, por ejemplo, que el economista ha trascendido su disciplina, por un lado, y se ha puesto en condiciones de captar las características peculiares de un sistema social determinado, por otro. Para organizar un método verdaderamente interdisciplinario, por lo tanto, valdría la pena, para usar la terminología del científico social, experimentar con modelos que admitan factores extradisciplinarios como factores "endógenos". (45)

Pasando de la teoría a la práctica el historiador analista señalaría la importancia de aprender de las experiencias del trabajo de equipo. Eso de confeccionar modelos al margen de la investigación tiene su valor, pero puede degenerar en un juego intelectual. Es igualmente importante deducir lecciones del trabajo realizado por equipos de especialistas, especialmente de aquel que ha sido coronado con el éxito. Esto es factible si consideramos que lo que une a los investigadores en un equipo es una problemática común. En una situación como esta los investigadores necesariamente buscan y encuentran un vocabulario de base. Es posible que de este vocabulario se pueda deducir principios para el establecimiento de un verdadero método interdisciplinario. (46) Pero el analista tendría una advertencia que hacer. Para ellos un trabajo de equipo que no reúne un amplio número de especialidades y sobre todo que no buscan el concurso del historiador está destinado al fracaso. Es lo que según ellos sucedió en los Estados Unidos con el Area Studies Programmes. Estos equipos fueron, en primer lugar, dominados por unas pocas de las ciencias sociales "nuevas" (economía, sociología, ciencia política) y, en segundo lugar, desprovistos de la contribución del historiador. El resultado, para un Analista, era por descontado. (47) Y esto nos lleva a considerar una segunda manera como el Analista puede contribuir a una mejor comprensión de la problemática latinoamericana.

La razón que el Analista da para considerarse indispensable en un equipo que se dedica a investigar lo social es muy simple: la naturaleza de lo social es histórica. "No conocemos la realidad social si la vemos solamente desde afuera y si ignoramos su estructura íntima. Para llegar a saber como es hecha, es indispensable saber como se ha hecho, es decir seguir en la historia la manera como se ha organizado progresivamente. Para poder, con alguna esperanza de éxito, preveer el futuro, lo que debe ser la sociedad de mañana, es indispensable estudiar las formas sociales del pasado más lejano. Para comprender el presente, es necesario salir de él". (48) Estas palabras, escritas por Durkheim a principios de siglo, un Analista las aceptaría de plano.

Que la naturaleza de lo social es histórica, por lo tanto, es algo que el científico social ha proclamado ya por mucho tiempo. Pero que ha hecho al respecto? En la práctica poco o nada. Como hemos visto, es solamente durante estos últimos años que ha comenzado, particularmente el de extracción marxista, no solamente a consumir sino también a producir historia. El resultado ha sido un análisis del pasado, muchas veces brillante, pero por lo general carente de historicidad. Enumeremos algunas de las maneras como los científicos sociales han tratado de captar lo social en su dinamismo histórico. Algunos han utilizado datos históricos como medio para controlar las generalizaciones de su ciencia y así acercarla a la realidad histórico-social. Otros, en cambio, han vertido el material histórico en envases conceptuales provenientes de la economía, sociología, antropología, etc. Todavía otros han utilizado varias versiones de lo que Hobsbawm llama "marxismo vulgar", es decir, la aplicación mecánica del esquema marxista al material histórico. Por fin, hay quienes han hecho lo que los economistas denominan "estática comparada", procedimiento inaugurado por Rostow, en virtud del cual un modelo sirve como media para poder apreciar el desarrollo de un país no industrializado en relación con otro industrializado a través del tiempo.

Y nuevamente surge la pregunta, ¿Cómo podría el historiador del siglo XX, el Analista, contribuir a restituir el elemento de "historicidad" a nuestro conocimiento de la realidad social y así ayudarnos a comprenderla adecuadamente? La respuesta es, claro está, a través de una nueva historia. Una historia analítica, que busca conocimientos "nomotéticos" por intermedio de un método dialéctico. Es este método que, por ser estructurado de categorías arlecuadas para la aprehensión de lo temporal, permite captar la naturaleza histórica de lo social. No por nada los Analistas lo llaman "la dialéctica de la duración". Esta dialéctica tiene dos ejes. El primero se podría llamar el eje

de "simultaneidades" y es la dialéctica entre "estructuras", "conyunturas" y "eventos". El otro es el eje de las "sucesiones" y es la dialéctica entre "rupturas" estructurales a través del tiempo. Veamos ahora como el analista puede utilizar estas dialécticas para asir lo histórico en nuestra realidad social.

Tomemos la primera. Utilizando el eje de "simultaneidades", el analista puede reabrir el debate sobre el carácter de la sociedad latinoamericana. Capitalismo o Feudalismo? Esta vez ya no se trataría de una confrontación formalista. Armados de su modelo histórico a tres pisos (estructuras, conyunturas y eventos), y siguiendo los preceptos de su profesión, acudiría a fuentes históricas documentales y no documentales. De por sí esto ya sería un aporte a una mejor comprensión de la dimensión histórica de nuestra realidad. Acto segundo, basándose en material empírico el Analista procedería a reconstruir varios tipos de sociedades históricas en el espacio latinoamericano. Esta reconstrucción, siguiendo la estrategia de investigación analista, se haría desde abajo hacia arriba: estructuras, conyunturas y eventos, niveles entre los cuales el primero y el segundo —que tratan de la vida económica y social— recibirían especial atención. Llegado a este punto el Analista está en condiciones de ofrecer una tipología de sociedades históricas en América Latina. Esto a su vez permitiría el desarrollo de la historia comparada. Finalmente, nuestro historiador podría entrar en diálogo con historiadores de otros países subdesarrollados lo que le llevaría a la creación de una nueva historia: la historia del tercer mundo. Así el historiador Analista restituiría a los países subdesarrollados una dimensión de la que fueron privados, de buenas a primeras, por el concepto de "sociedad tradicional"; la del pasado.

En lo que se refiere al eje de las "sucesiones", esta dimensión de la dialéctica histórica es también indispensable para el esclarecimiento del debate Feudalismo—Capitalismo. ¿Se puede verdaderamente mantener que las sociedades latinoamericanas han sido capitalistas o feudalistas desde el siglo XVI hasta el presente? Las dos tesis han impresionado al analista como demasiado generales. Lo urgente en este sentido sería una investigación que se proponga estudiar los cambios experimentados por los varios tipos de sociedades históricas de la región dando especial atención a períodos de ruptura estructural, fenómeno que existe en nuestra historia y que hasta el momento ha sido ignorado. Una historia analítica de rupturas por lo tanto permitiría fijar una lógica de las sucesiones históricas en América Latina. El interés de estas investigaciones para un científico social que estudia el subdesarrollo debería ser evidente.

Así, por medio de lo que se podría llamar un análisis sincrónico y diacrónico, el historiador analista puede de inmediato entrar en acción y ayurlar a sus colegas a confrontar una vez más lo que alguien ha llamado recientemente la cuestión clave que ocupa hoy a las ciencias sociales latinoamericanas: es decir, el verdadero carácter de nuestras sociedades. (49) A más largo plazo, y gracias al trabajo de equipo, el historiador podría contribuir a remediar la falta de historicidad del conocer que es uno de los problemas más urgentes que enfrentan las ciencias sociales hoy en día. (50) Por fin, nos imaginamos que su concurso será indispensable para la construcción de un nuevo edificio propuesto recientemente por científicos sociales ingleses que estudian problemas de desarrollo: el establecimiento de las "ciencias sociales históricas". Esta nueva disciplina integraría una historia nomotética con una economía, sociología, antropología, etc. que ya no pretendan la formulación de leyes universales sino más bien el descubrimiento de regularidades circunscritas dentro de un espacio—tiempo determinado. (51)

Parece entonces que la historia está adquiriendo cada día mayor importancia para los científicos sociales. Estos, sin embargo, dominados por una desconfianza hacia la historia del "historiador" que ya es casi secular, ha tratado de tomarla en sus propias manos. Esperamos vivamente que el contenido de una ponencia como la presente contribuya a neutralizar esta actitud negativa y a permitir una división de trabajo que, en lugar de separar, reúna a estudiosos que tienen una problemática común.

### C. A Modo de Conclusión

Y ha llegado el momento de decir por lo menos unas pocas palabras sobre el Ecuador. Si es verdad que las ciencias sociales en América Latina y por lo tanto en el Ecuador necesitan, para comprender los problemas de subdesarrollo en forma global, un método interdisciplinario y una mejor comprensión de la historicidad de lo social, entonces, es necesario que se piense en institucionalizar la "nueva historia" en nuestro medio. Por otro lado, ahora que una nueva promoción de científicos sociales ecuatorianos están empeñados en sentar las bases para una comprensión científica de los problemas del país, nos parece que este es el momento oportuno. Pero hay algo más. Ya existe en el Ecuador un grupo de intelectuales interesados en la historia y que están utilizando en sus trabajos el materialismo histórico. Un diálogo con la historia analista les sería de un inmenso beneficio, como lo ha sido para historiadores marxistas en Europa e inclusive en los Estados Unidos. Si por un la-

do el analista ganaría en poder de conceptualización gracias al contacto con el marxista, para este último la presencia del primero sería como una vacuna contra un formalismo excesivo. Y no querríamos que se nos comprenda mal: no estamos recomendando un eclecticismo desarticulado, una yuxtaposición desordenada de elementos. Lo que auguramos es el inicio de un debate, un diálogo fructífero entre dos puntos de vista definidos.

En lo que se refiere a las medidas concretas que se debe tomar para institucionalizar la "nueva historia", ésta ha sido una de las preocupaciones principales de esta ponencia. En efecto, el estudio que hemos hecho en las dos primeras partes de este ensayo sobre la actividad empresarial de Ranke en el siglo XIX y de Bloch, Febvre y Braudel en el siglo XX, lo hicimos con la segunda intención de subrayar la importancia de esta actividad para la organización y desarrollo de una disciplina. Sería deseable que el ejemplo de estos empresarios intelectuales sirvan de inspiración a jóvenes historiadores en nuestro medio. Además, nuestra extensa caracterización de la escuela Analista podría ofrecer sugerencias prácticas para la tarea que les espera. Personalmente no puedo ser más específico en este momento porque he vivido algún tiempo fuera del país. Son los estudiosos que están en íntimo contacto con él los que tienen que aprovechar de las experiencias de nuestros colegas del pasado y del presente.

## NOTAS

- (1) P. Burke, ed. *A New Kind of History*, London, 1973, p. 28.
- (2) Hay indicios de que los ecuatorianos comienzan a interesarse nuevamente en historia. Pero esto es muy nuevo. Prueba del estancamiento de esta disciplina en el Ecuador es su bajísimo nivel de desarrollo institucional. En las universidades del país, por ejemplo, conduce una vida parasitaria.
- (3) Antes de comenzar creemos procedente advertir al lector de algunas características de la Primera Parte de esta ponencia. El propósito de darnos a conocer nos ha tentado a ofrecer al científico social un análisis del desarrollo de la historia como disciplina desde su infancia hasta el siglo XX. Este análisis no es el usual que se encuentra en los textos convencionales de historiografía, en los cuales la lógica del desarrollo de la historia es oscurecida por una excesiva atención a autores y a escuelas. Lo que nosotros hemos tratado de hacer es sacar a flote el hilo conductor que ha dirigido el progreso de nuestra disciplina. Además esta Primera Parte no es un mero resumen de fuentes secundarias. Todo lo que se refiere al desarrollo de la historia como institución, por ejemplo, proviene exclusivamente de fuentes primarias, como la *Revue Historique*, 1876—1976, y la *Historische Zeitschrift*, 1959—1976. Sin embargo el lector encontrará pocas referencias a ellas. Darlas en forma completa hubiera implicado una cantidad enorme de citas, las que hubieran abultado lo que en realidad es sólo una introducción al tema de esta ponencia.
- (4) Como es bien sabido hubo una variedad de escuelas históricas en el siglo XIX. Pero fue la de Ranke la escuela dominante.
- (5) F. Stern, ed. *Varieties of History*. New York, 1957, p. 56.
- (6) *Ibid.*, p. 58
- (7) *Ibid.*, p. 59
- (8) *Ibid.*, p. 172
- (9) *Ibid.*, p. 173
- (10) *Ibid.*, p. 174.
- (11) P. Frederick, *Historical Studies in France and Germany*, Baltimore, 1882, p. 52.
- (12) Los historiadores americanos se rebelaron contra la escuela rankeana a principios de siglo y se organizaron bajo el estandarte de la *Progressive History*. Se trató de una escuela que, habiendo denunciado la historia diplomático-política como demasiado estrecha e irrelevante, se dedicó a estudiar el pasado económico y social de los Estados Unidos. La *Progressive History* tuvo su gran apogeo en los años 20 y 30, pero, al perder fuerza como movimiento intelectual en los 20 años siguientes, no logró institucionalizarse. En lo que se refiere a la revolución de historiadores

res rusos, ésta surgió a raíz de la revolución de Octubre. Gracias al apoyo de Lenin y a la capacidad empresarial de Pokrovsky, la nueva historia, la historia marxista, logró institucionalizarse en los años 20, sólo para ser convertida por Stalin, al poco tiempo, en un instrumento político.

- (13) H. R. Trevor Roper, "Fernand Braudel, the Annales and the Mediterranean", *Journal of Modern History*, 1972, p. 468.
- (14) J. H. Hexter, "Fernand Braudel and the Monde Braudellien . . .", *Ibid.*, pp. 480-539.
- (15) *Annales d'histoire Economique et Sociale*, I, 1929, pp. 1-2.
- (16) *Ibid.*
- (17) F. Braudel, *Ecrits sur l'histoire*. París, 1969, p. 21.
- (18) M. Bloch, *The Historian's Craft*. Manchester, 1954, p. 26.
- (19) *A New Kind of History*, p. 36.
- (20) *The Historian's Craft*, p. 10.
- (21) *Ecrits sur l'Histoire*, p. 22.
- (22) *Ibid.*
- (23) *The Historian's Craft*, p. 27.
- (24) *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, 1949, p. 496.
- (25) J. H. Hexter, "Fernand Braudel and the Monde Braudellien . . .", p. 491.
- (26) *The Historian's Craft*, p. 26.
- (27) E. Hobsbawm, "Karl Marx's Contribution to Historiography". *Diógenes*, 1968, p. 42.
- (28) F. Braudel, *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l'Époque de Philippe II*, París, 1966, v. 2, p. 520.
- (29) *A New Kind of History*, p. 37.
- (30) *Ibid.*, p. 32.
- (31) Las fuentes que hemos utilizado para escribir sobre la institucionalización del nuevo concepto de la historia son las siguientes:  
 (a) Comité français des sciences historiques, *Vingt-cinq ans de recherche historique en France (1940-1965)*. (b) Laboratoire associé no. 93, *Rapport d'activité 1969-1970 et programme scientifique 1971-1974*. (c) *Ecole Pratique des Hautes Etudes: VI Section Programme d'enseignement 1971-1972*. (d) *Ecole Pratique des Hautes Etudes: VI Section, Annales, 1959-1971*.



- (32) J. Glenisson, "L'historiographie française contemporaine: Tendances et réalisations", *Vingt-cinq ans de recherche historique en France (1940-1965)*, p. Ixiii.
- (33) F. Braudel, "Personal Testimony", *Journal of Modern History*, 1972, p. 467.
- (34) *A New Kind of History*, p. 34.
- (35) *Ibid.*
- (36) *Ibid.*, p. 33.
- (37) Ramiro Guerra, *Azúcar y Sociedad en las Antillas*, Habana, 1929; Fernando Ortiz, *Contrapunto Cubano*, Habana, 1933; Sergio Bagú, *Economía de la Sociedad Colonial*, Buenos Aires, 1949.
- (38) En efecto, se trata de un redescubrimiento. Las ciencias sociales tuvieron su primer auge en la América Latina a fines del siglo XIX y comienzos del XX.
- (39) Ver, por ejemplo, A. G. Frank, *Sociology of Development and Under development of Sociology*. London, second reprinting, 1973.
- (40) La caracterización de Marx como historiador ha sido tomada de: P. Villar, "Storia Marxista, Storia In Costruzione", en F. Braudel, ed., *Problemi di Metodo Storico*, Roma, 1973.
- (41) E. Veron, "Ideología y Producción de Conocimientos Sociológicos en América Latina". *América Latina*, Rio, num. 4, 1968.
- (42) No he dado referencias porque el material al que me he referido en este párrafo es del dominio del científico social.
- (43) G. Myrdal, *Economic Theory and Underdeveloped Regions*, London, 1957, p. 10.
- (44) Esta es nuestra interpretación de varios trabajos Anallistas. Ver, por ejemplo: F. Braudel, "Unité et Diversité des Sciences de l'homme", *Revue de l'enseignement supérieur*, no. 1, 1960, pp. 17-22. Por el mismo autor: "La Longue Durée", *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, no 4, 1958, pp. 725-753.
- (45) *Ecrits sur l'histoire*, p. 91.
- (46) *Ibid.*, p. 42.
- (47) Citado por H. D. Mann en Lucien Febvre: *la pensée vivante d'un historien*, Paris 1971, p. 83.
- (48) I. Sotelo, *Sociología de América Latina: Estructuras y problemas*. Madrid, 1972, p. 34.
- (49) U. Cerroni, *Metodología y Ciencias Social*, p. 68
- (50) H. Bernstein, ed., *Underdevelopment and Development: The Third World Today*. London, 1973. See Introduction.